

**CELO Y CORAJE**

# ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE .....	2
CAPÍTULO GENERAL 1994 .....	3
PRESENTACIÓN .....	4
LA AVENTURA: “Quelques remarques sur le Révérend Père Marie-Joseph”. 1802 (Hilarión Lucas) .....	7
A. Preámbulo (Juan Vicente González) .....	8
B. Temas que se reparten entre los números .....	16
C. Texto de "Quelques Remarques ..." 1802 (Hilarión Lucas) .....	17
D. Epílogo: “Al servicio de Dios y del hombre” .....	33
I. El celo del P. Coudrin y de sus discípulos (J.V.González) .....	34
1. El Celo y su importancia	
2. La Obra de Dios	
3. El “Ánimo” (Courage)	
4. Al servicio del hombre, servicio de los “pobres”	
APÉNDICE .....	42
• Rvdmo. P. Eutimio Rouchouze (Ignacio de la Cruz Baños) (Observaciones sobre el P. Hilarión) .....	43

Podríamos haberlo titulado ANDATIERRA, porque de él se trata en esta obra que presentamos del P. Hilarión Lucas. Pero en “*celo y coraje*” se implica ya su comunidad a la que ha traspasado esta hondura espiritual de su personalidad. En el “Epílogo” adjuntado de Juan Vicente, va a explicar muy bien lo que contienen estas palabras. Sin embargo llama la atención que en diccionario Larousse, la palabra *zélateur* tenga un carácter primario religioso: “el que obra con celo: *les zélateurs de la foi*” (ver en el texto del Epílogo el testimonio sobre San Ireneo). Y así mismo: “jefe de un grupo en ciertas cofradías piadosas”. Y el “*zéle*” (ardor) lo define: “Gran actividad inspirada por la fe, la entrega, el afecto: *le zéle d’un serviteur*”. De donde se ha de concluir con lógica, que no se trata de un epíteto profano trasladado al terreno religioso, sino exactamente lo contrario. Los que de esto entienden, me dicen que hoy en el argot novedoso del lenguaje de la vida religiosa, tiene su expresión en la palabra “*pasión*”. Sin que implique que seamos “*pasionistas*” y sí “*celadores*”, como San Ireneo, o “*apasionados*”, que es hermoso.

En cuanto a la palabra “*coraje*” (ánimo), tenemos: “Todo proviene del “ánimo”, “alma o espíritu en cuanto es principio de la actividad humana”, de donde “valor, esfuerzo, energía”, para no “desanimarse”, sino gozar de “presencia de ánimo”, o de “tener ánimo”. También “firmeza ante el peligro, audacia, confianza”, con extremos en la temeridad y la negligencia.

## COMUNIDADES MISIONERAS

### POR UN MUNDO SIN FRONTERAS

(Cap. Gen. 1994)

2. Nuestro "*camino de Emaús*": Como Jesús, hemos caminado con la situación de la gente entre la que vivimos nuestra misión y con los Hermanos que están en cada uno de los rincones del mundo, con sus alegrías y tristezas, con su enorme diversidad cultural... Como Jesús, hemos *escuchado* sus palabras, preguntas y más aún sus sentimientos y sus gritos de auxilio, y *hemos sentido* como nuestro hermano Damián de Molokai- que no era posible quedarnos indiferentes... Como Jesús, hemos *compartido*: hemos reaccionado ante la situación, hemos dicho una palabra sacada de las fuentes de nuestro carisma, una palabra que no dice qué tienen que hacer los otros, sino qué podemos ofrecer nosotros... Como los discípulos, hemos reconocido cada día, al compartir el pan de la Eucaristía, que Jesús está en el origen, en medio y al final de nuestro camino, que juntos podemos alumbrar un futuro de esperanza y superar la tentación del desánimo... Y como los discípulos de Emaús, en fin, se ha abierto paso en nosotros una *nueva visión* de la realidad, que nos empuja a no aislarnos de la gran comunidad de la Congregación, a no quedarnos en el puerto seguro de lo propio y ya conocido, a retornar siempre a aquella visión fundacional del Buen Padre de "difundir el Evangelio por todas partes", (cfr. CS 10, 286).
3. Jesús nos llama de nuevo como Congregación a una *aventura* en la que nos sentimos animados por el Espíritu a caminar juntos y descubrir cada vez más la riqueza de nuestro carisma. María, la madre de Jesús, modelo de fe en el Amor, nos precede en el camino y nos acompaña para entrar plenamente en la misión de su Hijo (cfr. Const., art. 3).

# PRESENTACIÓN

Nuevamente aparece una sencilla oferta congreganista para reorientar la memoria y calentar el ánimo, si es que somos dignos discípulos de los de Emaús, a quienes ha recordado el texto en cabecera del Capítulo General de 1994. A la vez que volvían a su aldea, estaban también de vuelta de las ilusiones que un día se habían forjado: “*Nosotros esperábamos que...*” (Lc. 24,21). Muchos desencantos no son mas que la primera posibilidad humilde para distinguir entre los *espejismos* al ardor del desierto y las verdaderas *esperanzas* de futuro.

Podemos permitirnos el lujo de presumir de un singular texto “franciscano” - por lo de las “Florecillas de San Francisco” - como es el que con título anodino escribió el P. Hilarión Lucas (1782-1865) “*Quelques remarques sur le R. P. Marie-Joseph*” 1801-1802 (“*Algunas observaciones sobre el R. P. José María*”. 1801-1802) Texto engañoso, menor si se lee en superficie o con la ingenuidad de creerlo para entretenimiento, cuando se está manejando un instrumento que corta y saca sangre. Cada uno durante su lectura debería observarse las palmas de las manos.

Aquí también, se trata de **un texto** tomado del libro de Juan V. González, ss.cc. “*El Padre Coudrin, la Madre Aymer y su Comunidad*”, Roma 1978. Está recogido entre los “Anexos” finales (pgs. 531-579), que coleccionan 14 textos de los orígenes y 1 de Repertorio de libros, a los que Juan Vicente ha concedido esta preeminencia en el recuerdo. El nuestro ocupa el nº 11 en la lista, en las pgs. 549-564. No hemos hecho otra cosa que introducirlo en el ordenador, ampliando su letra muy pequeña en el original y corrigiendo algunas faltas de imprenta.

También esta vez, al texto del P. Hilarión le **hemos antepuesto**, tomado del mismo libro, parte del Capítulo I: “Una ojeada a los archivos” (pgs. 5-20), donde el autor da cuenta de las fuentes originales en que se ha inspirado para la elaboración de su libro, que le ocupó varios de los mejores años de su vida. Una deuda impagable. Este capítulo esta dividido en seis partes, la cuarta de ellas se refiere a “Los escritos del P. Hilarión”, pgs. 12-19. Aquí, a la vez que da el repertorio de sus obras, la primera la nuestra como más antigua, ofrece además una breve semblanza del P. Hilarión. Nos sirve también para completar la anterior publicación sobre los “PIONEROS”, en la que no puede faltar nuestro autor. Ya al comienzo advierte Juan Vicente, tanto de su “valor excepcional” como del “entredicho que no desaparece todavía del todo”, sobre él y sobre alguna de sus obras, consecuencia del cisma de 1853. Esta parte cuarta referida al P. Hilarión y sus obras, irá en cabeza del texto del P. Hilarión.

Una palabra sobre el contenido y forma... de esta que parece una colección de cuentos de aventuras para niños. Una gran mayoría de estos sucesos atrevidos y heroicos del P. Coudrin, acontecen en los primeros años de la clandestinidad (1792-1797), primero por el barrio de Montbernage, exterior a la ciudad antigua, limitada en forma de almendra por sus dos ríos, que sólo permiten la entrada por dos puentes en el costado este sobre el río Clain. La zona tiene una fila de casas a lo largo de este río, acostadas a las fallas altas del terreno, a la que se añade su amplio entorno campesino de la planicie superior, con sus granjas y aldeas, ambos lugares magníficos para burlar a la policía. El P. Coudrin no entra en Poitiers hasta marzo de 1794 y toma de inmediato contacto, por medio de la Srta. Gauffreau, *Madre de los sacerdotes*, alma y corazón de la clandestinidad desde su piso y tienda de quincallería, con Mons. de Bruneval, Vicario General oculto, y con la clandestina Asociación del Sagrado Corazón que protege y orienta a los sacerdotes no juramentados, educa a los niños en el catecismo y, por su devoción al Sagrado Corazón, realizan la Adoración del Santísimo Sacramento día y noche. Entrar y salir de Poitiers por el Puente Joubert, con to-

re de vigía y pesada verja levadiza, o por el Puente Nuevo, era cada vez una nueva y peligrosa aventura.

El P. Hilarión va a consignar cuanto ha oído al Fundador sobre este periodo intenso de su vida. No obstante la admiración por su héroe en sus 19-20 años, parece ser objetivo. Va engarzando las historias sin otro sistema que escribirlas a continuación de la anterior, sencillamente porque acaba de oírseles al Buen Padre en ese mismo día. Quizás ha sido en la charla de la intimidad hogareña o yendo con él hacia los alrededores a enseñar el catecismo. Así es como fue gestándose entre los años 1801-1802 y pasó como herencia a la familia esta colección de relatos, donde algunos suenan a repetidos, otros a entremezclados, donde no se presta mucha atención al orden y la diferencia, sólo a la veracidad de lo que ha escuchado.

Parece importante recordar y considerar que a este periodo de clandestinidad activa, precedieron dos acontecimientos inmediatos, cumbre en la vida del Fundador, como fueron la decisión de ordenarse de sacerdote en París en el fragor de la persecución (4 de marzo de 1792) y su retiro a la Motte (mayo-octubre 1792), en las circunstancias singulares con que vivió cada uno de los dos acontecimientos (un resumen en Juan V. González, op. cit. pgs. 37-44). El Fundador acaba de sentirse transformado por unos poderes de salvación, digamos, que antes no poseía, y con el fuego en el corazón encendido en el granero, algo permanente que va apareciendo en su correspondencia. Treinta y dos años más tarde, aún escribe: *“Vivamos para su gloria y que el fervor del granero de la Motte d’Usseau no se extinga en el corazón de vuestro pobre padre”*. Esto es lo que precede inmediatamente a su decisión de salir a jugarse la vida, algo de lo que es muy consciente cuando narra su salida del granero. Narraciones para admirar lentamente y para comprender, porque ahí es donde se descubren las primeras y más hondas raíces del carisma. Por eso nos ha parecido conveniente acompañarlo de **otro texto** de reflexión de Juan Vicente (op.cit. pgs. 123-133) que nos parece recibe una especial significación junto al primero.

\* \* \* \* \*

La consideración con que se han de mirar y juzgar las ideas y decisiones del Fundador en sus posteriores momentos históricos, al menos los más inmediatos, debería ser consecuente con su anterior historia. Conociendo de dónde viene, podremos comprender mejor el modo muy personal de pensar y actuar de un hombre que se había forjado en las circunstancias sociales que nos relata el P. Hilarión. Esta primavera de su vida marcó para siempre su porvenir. No podía traicionar cuanto vio y cuanto vivió. Continuó fiel a sus ideales, nos guste más o menos su acierto en el comportamiento ante los sucesos, estatales y eclesiásticos, que se ventilan en su porvenir. Podíamos centrarnos en un acontecimiento histórico paradigmático, el de las posiciones que toman el párroco de Sta. Margarita, en cuyo ámbito parroquial se encuentra Picpus y la Curia arzobispal de París. Se trata de las graves amarguras que conocemos, en una lucha penosa mantenida por las mezquindades del Sr. Lemercier, párroco de Sta. Margarita, y por la terquedad galicana de la Curia de París, que se escondía detrás. Para comprender la amplitud y hondura de la situación, véase Juan V. González, op. cit. pgs. 76-91, de singular interés, donde presenta con relativa brevedad la historia de la que denomina “La gran desilusión: 1817-1820”, seguida de “Nuevos horizontes: 1820-1824”.

Puede parecer que hemos dado zancadas en el tiempo, alejándonos en exceso del contenido de nuestro texto. Materialmente es verdad, pero parecía interesante lanzar alguna mirada al futuro de unos años posteriores, particularmente sobre este acontecimiento tan singular, que hace aflorar la personalidad del Fundador, un hombre de gobierno, un jefe

nato, que asumía la responsabilidad de gobernar, que sabía dónde iba, decidía con prontitud, mandaba sin dureza, abominaba las reverencias y poseía un profundo sentido del respeto a las personas. Acontecimiento que fue, a la vez, el desencadenante para que el Fundador iniciara su travesía del desierto, casi hasta el final de su vida, en que vivió sucesivamente bajo la protección de distintos obispos como Vicario General, lejos de sus comunidades, en continuo contacto epistolar con las personas, con el fin de mantenerlas protegidas ante la voraz soberbia de la jerarquía galicana, pero sobretodo libres ante el dominio del Estado. Así, este periodo de la primera clandestinidad, no quedaba cerrado sobre sí mismo. Era el invierno de una semilla que aprendía y preparaba sus fuerzas para la primera gran aventura de salir a la luz, después a la de los primeros desarrollos, por fin a la de encontrar su espacio en que fortalecerse entre otras que pueden apretar y sofocar. Esperamos que se comprenda que tantas noches y días de varios años de oscuridad clandestina, fueron la mejor preparación para continuarla después a la luz del sol, cuando la Obra de Dios, y no suya, se desarrollaba por el milagro de la Providencia.

\* \* \* \* \*

Se ha colocado en cabecera un texto del Capítulo General de 1994 que parece apoyar nuestra valoración. Sirviéndose del sugerente paradigma del “camino de Emaús”, registra los rasgos de identidad del desarrollo del mismo Capítulo, identidad que es a la vez la de la Congregación. A ese arco de bóveda lo remata y afirma con la piedra clave que denomina con acierto “**aventura**”, no como un rasgo más, sino como la que todo lo configura en un destino común.

Añade que se trata de una “nueva aventura”. Sin duda que la mayor de la Congregación fue el desarrollo mismo de sus orígenes, algo solo comparable a la que sin tardar mucho la embarcó el Fundador “a perderse” (Mc. 8,35) entre los islotes del inmenso océano Pacífico. Recuerda el Capítulo el evento de la Motte d’Usseau, que no se entendería sin el recuerdo de la inmediata posterior aventura de quien fue “Marche-à-Terre”, para llegar a ser Fundador y Buen Padre. Es lo que nos relata aquí Hilarión. Y comprendemos también que el Fundador, ya moribundo, recordara entre todos sus hijos a quienes habían atravesado los océanos con peligro de sus vidas y ya algunos las habían “perdido”. Eran sus primeros “marche-à terre” llevando el evangelio a todas partes, en quienes se veía como en un espejo repitiendo su “aventura”. Murió nuestro admirable Fundador con otras amarguras que le rodeaban más cercanas. Llamó a su lecho y habló con los Hermanos y con las Hermanas por separado. Pero cuando ya se quedó solo con su corazón, su espíritu que llamaba a las puertas del Paraíso, había antes sobrevolado el Pacífico: “*Valparaíso...Gambier...*”. Se había realizado su sueño.

Al terminar esta introducción, se impone una recomendación tan sencilla como importante. En “*Cuadernos de Espiritualidad*” n° 19, uno de los artículos ofrece una amplia biografía sobre el P. Hilarión, que titula sencillamente “*El Padre Hilarión Lucas*”, pgs. 25-59, escrita por el que ha sido anterior Archivero General durante 10 años, el P. André Mark ss.cc. No necesita presentación su saber y su bien hacer.

# LA AVENTURA

"Quelques Remarques sur le Révérend Père Marie-Joseph". 1802  
(*"Algunas Observaciones acerca del R. P. José María"*. 1802)  
P. Hilarión Lucas.

## A. PREÁMBULO

P. Juan Vicente González, ss.cc. op. cit. pgs. 12-19

El P. Juan Vicente comienza su obra con la exposición de los documentos en que va a apoyar todo el trabajo de investigación que requiere su atrevido intento. Como vemos en el inmediato recuadro inferior, entre ellos se encuentran cuanto escribió o recopiló el P. Hilarión Lucas, en concreto el que aquí nos interesa como texto fundamental de esta publicación. Hemos creído iluminador recoger previamente estas páginas de su obra para colocarlas como preámbulo del texto, principalmente porque hablan de la misma persona del P. Hilarión.

Cap. I: Una ojeada a los Archivos .....	5
1. Escritos del P. Coudrin .....	5
2. Escritos de la M. Aymer .....	7
3. Escritos de Gabriel de la Barre .....	10
4. Escritos de Hilarión Lucas .....	12
5. Documentos de Curia .....	19
6. Otros autores.....	20

### I. UNA OJEADA A LOS ARCHIVOS

El P. Américo Cools, Archivero General de la Congregación, ha publicado en 1968 un *"Repertorio de las Fuentes de la Casa Generalicia, referentes al Buen Padre y su Tiempo"* (*"Répertoire des Sources de la Maison Généralice concernant le Bon Père et son Temps"*) Es la mejor guía para entrar sin perderse en ese laberinto, y a él nos remitimos para cualquier elenco más completo.

Lo que creemos más útil por el momento, es presentar al lector esa documentación. Nos parecería poco razonable utilizar una masa enorme de escritos, sin decir una palabra acerca de sus características, y, si fuera posible, de su valor y autoridad.

No pudiendo hacer aquí un estudio sistemático y completo, que resultaría de nunca acabar, y nos haría perder de vista el objetivo que nos hemos propuesto, nos limitaremos a dar un rápido diseño de los principales conjuntos. Para realizarlo hemos elegido la clasificación por autor, porque, como es obvio, es el autor el que más condiciona el documento, y contribuye a determinar, en mayor medida, sus cualidades y su peso de testimonio.



#### 4. Escritos de Hilarión Lucas (biografía)

No se puede explorar, por poco que sea, los archivos de cualquiera de las dos Casas Generalicias, de los Padres o de las Religiosas de los Sagrados Corazones en Roma, sin tropezar muy pronto con los escritos de Hilarión. Importantes por su volumen, esos escritos son de un valor excepcional por su calidad, aún cuando después de un siglo de su muerte, no desaparece todavía del todo el entredicho que los ha afectado a partir de la participación de Lucas en el triste cisma de 1853.<sup>19</sup>

##### *Curriculum de Hilarión*

No hay duda de que la personalidad de Hilarión es, cuando menos, enigmática, y que cualquier juicio definitivo sobre su autoridad moral y su manera de pensar, debe quedar en suspenso mientras no se pueda hacer un estudio cuidadoso y serio de su vida.

A pesar de todo, no nos parece imposible decir algo acerca de su personalidad tan compleja, ni avanzar alguna apreciación mínima sobre su obra, aunque sea bajo la reserva de rigor.

José Hilarión es el nombre de religión de Gregorio Lucas, nacido en Montbazon (Indre et Loire) el 5 de Febrero de 1782. Su padre era receptor de impuestos, y más tarde llevaba los libros de la misma oficina. Su madre era hija de un notario de Tours. Hijo natural, fue enviado en un primer momento al hospicio, y solo en Julio de aquel año, cuando sus padres contrajeron matrimonio, se lo confió a una nodriza.

Poco sabemos de sus primeros años y de su adolescencia. Según un testimonio muy incompleto, era, durante la Revolución, alumno de Bernazais en el Colegio de Poitiers (después Liceo). Este revolucionario, profesor de física, concedía gran importancia a la explicación de los "Derechos del Hombre y del Ciudadano", y para estimular a sus alumnos, daba ceremoniosamente el abrazo fraterno ("accolade") a quien respondía mejor. Un compañero de Lucas, Sayette, atestigua que nuestro amigo se lo llevaba con mucha frecuencia.

Conoció al P. Coudrin en 1799, cuando éste era un joven sacerdote de 31 años, y cuando él mismo tenía apenas 17. No había hecho todavía su Primera Comunión, por la iniquidad de los tiempos, y la ceremonia tuvo lugar el 16 de Junio de ese año.

El P. Coudrin era un héroe de la Iglesia clandestina de Poitiers, y tenía todos los atributos para convertirse en el ídolo del adolescente apasionado que era nuestro Hilarión. Desde entonces, conducido tal vez por una especie de instinto atávico, se puso a tomar nota de cuanto narraba su ídolo [...], cuidando de escribirlo el mismo día (sobre las aventuras del Terror)

Es de notar la constancia y el entusiasmo con que permaneció fiel, durante toda su vida, a esa primera adhesión, que en los últimos años se oscureció con perfiles de un extraño fanatismo, pero que nunca se debilitó.

Hilarión era, sin duda, de un carácter apasionado, sensible en extremo, intelectualmente sobresaliente, de una memoria excepcional, y de una capacidad de trabajo muy fuera

---

<sup>19</sup> Annales: Ignacio Baños ss.cc., "El P. Eutimio Rouchouze..."

NOTA: En el texto original aparecen otras notas a pie de página, todas ellas referentes a documentos oficiales, y que no incluimos en este trabajo por no tratarse de un estudio documental sino de divulgación.

de lo común. Mostró también una multiplicidad de posibilidades bastante rara: tan pronto era profesor, como orador, o diplomático, o secretario, y pasaba con suma agilidad de una actividad a otra, sin perder la nota de óptimo. La escasez de sacerdotes de los primeros años del siglo, forzaba a los que realmente poseían un celo como el suyo, a usar de esas facultades dejando mandar a las circunstancias, y haciendo frente al trabajo que viniera. Y él lo hizo siempre brillantemente.

Cursó sus estudios de teología, tal vez con el mismo P. Coudrin como profesor, porque en esos años no había en Poitiers ni seminario ni facultad organizada. En todo caso comenzó muy temprano a enseñar, en Poitiers mismo, y, a partir de Agosto de 1803 en Mende, luego de haber recibido, el 3 de Julio de ese año, la Confirmación. Su profesión religiosa era del 18 de Abril de 1801.

Según parece, fue ordenado sacerdote en Paris, por Mons. de Chabot el 21 de Septiembre de 1805.

Desde 1806 acompaña al Fundador en su viaje a Sées, y queda instalado allí como profesor de Teología del Seminario.

En Agosto de 1809, cuando la Congregación dejó el Seminario Mayor de Sées, Hilarión volvió a París, y enseñó allí hasta 1814. El 7 de Julio de ese año, partió a Roma acompañando al primer embajador de Luis XVIII ante el Papa. En la Ciudad Eterna se desempeñó brillantemente como representante de la nueva Congregación, y su conducta fue de la más entera fidelidad a su ideal religioso y a los Fundadores, como se puede ver por el desenvolvimiento de las negociaciones de que fue protagonista, y por las cartas que nos quedan, tanto de él a los Fundadores y otros miembros de la Comunidad, como de los Fundadores a él.

Volvió de Roma a una llamada del P. Coudrin, en un momento en que la obediencia parece no haberle sido fácil. En Picpus, a su vuelta, recibió muestras de confianza excepcionales: fue Maestro de Novicios desde Diciembre de 1816 a Junio de 1818, y enseñó en el Seminario hasta fines de 1820, en que el Fundador lo llevó consigo como misionero a Troyes. Se distinguió en esas labores, manteniendo particular contacto con la Buena Madre a quién quería y admiraba profundamente, y haciéndola participar en el esfuerzo misionero. Le escribe frecuentemente, consultándola, y dándole menuda información de la actividad misionera, ayudándole de ese modo a sobrellevar la nueva situación de la Congregación después de las dificultades con la Curia de París y la partida del Fundador de la Capital.

En 1825, cuando el P. Coudrin organizó su viaje a Roma, lo llevó en su compañía. Poco después volvió a Picpus como profesor. Tal vez es esa la época en que se presentó con el P. Maigret a la Sorbona para defender una tesis doctoral pero cuando, unos días más tarde, la Universidad les mandó los birretes de Doctores, ambos lo rechazaron con desprecio, por tratarse de una facultad "galicana"

Más adelante fue Prior de Picpus, y se manifestó poco comprensivo con buena parte de la Comunidad, de manera que a fines de 1831, el P. Coudrin creyó mejor sustituirlo. Entonces se dedicó a escribir sus Memorias. En su carta de 28 de Noviembre de ese año, dirigida a S. Francisca de Viart, escribe:

*Me ocupo, cinco o seis horas diarias, desde hace cuatro meses, en rehacer por entero nuestra historia. Copio todos los documentos. Recojo todos los hechos. En una Palabra, trabajo como un galeote, pero de todo corazón. Estoy autorizado por nuestro amigo común (el P. Coudrin), a pedir todas las informaciones de que tengo necesidad. Ayudadme pues, en esta buena obra. Desearía tener, 1º una copia exacta y fiel de todas las cartas escritas de puño y letra del Buen Padre y de la Buena Mamá. Porque no hablo de las que han firmado únicamente. No hablo tampoco de las cartas "de conciencia". - Eso no interesa a nadie; pero todas las otras cartas escritas, sea a nuestros amigos, sea a nuestras damas. En la medida*

*en que es antigua vuestra casa, debéis tenerlas. He recogido ya 164 del Buen Padre y 75 de la Buena Mamá. Tengo un volumen ad hoc, que he hecho encuadernar para esta colección, que podrá ser preciosa más tarde. Os pido para esto ayuda, a vos, al P. Cesáreo, a todos nuestros amigos y a vuestras damas. Como se trata de una colección, que será luego muy útil, tened la bondad, el Sr. Cesáreo y vos, de atestiguar al pie de la copia, que es conforme con el original. Yo haré una nueva copia en mi colección, y depositaré la vuestra en los archivos. Habría que indicar la fecha de cada carta si es posible. 2º Desearía detalles sobre todo lo que pueda edificar, desde hace treinta años a esta parte, anotando la época y las personas, en cuanto sea posible. Es esta una llamada general a todos y cada uno... He escrito ya 26 páginas de historia, 80 páginas de cartas y 220 páginas de otros documentos. La totalidad daría bien unas 1200 páginas impresas. PAC 2625*

En Febrero del año siguiente escribe de nuevo a S. Francisca:  
*Siento no poder aprovechar el tiempo que tengo destinado a mí, para recolectar todo lo que habríais podido comunicarme. Tengo ya una bastante hermosa colección. Tengo en este momento 227 cartas de la Buena Mamá, y 338 de mi Padre, en todo 565 cartas, que me son muy útiles para la historia general de la cosa. Tengo 230 de sólo Poitiers, de Mende y de Sées. Espero doblar la colección, si encuentro en todas partes la misma buena voluntad. PAC. 2626 (20-II-32)*

A partir de esa época, Hilarión se ha convertido pues en el cronista más o menos oficial de la Comunidad. En 1835, después de la muerte de la M. Aymer, dirige a toda la Congregación una circular, para pedir a las diferentes casas la colaboración en la recolección de cualquier documento que pueda interesar para la redacción de una primera biografía de la M. Aymer. Tiene el apoyo explícito de los Superiores Generales, y no tardará en recibir una cantidad enorme de cartas y de apuntes que copiará meticulosamente, y que formarán el primer núcleo importante de nuestros Archivos.

Su trabajo de cronista pasma por la rapidez con que está hecho, lo que permite, en poco tiempo relativamente, realizar una obra que en su conjunto es enorme. Escribe en caracteres pequeños y muy bien formados, en líneas muy regulares, que solo cuesta leer por las dimensiones minúsculas que imponen un serio esfuerzo a la vista. Se tiene la impresión de que con la edad va disminuyendo el tamaño de su letra, acaso por los progresos de una enfermedad de los ojos.

Se puede decir que no se da el tiempo de hacer un examen crítico de tanto documento como utiliza, y sólo hilvana sus contenidos, siguiendo un orden puramente cronológico.

Su testimonio cambia de valor cuando él ha sido testigo de los hechos que narra, como es el caso de las negociaciones de la aprobación romana de la Congregación en 1814-1816; del conflicto con la Curia de París en 1820; o de las Misiones de Troyes, entre 1820 y 1825. Fuera de esos casos, se puede decir que se contenta con referir los documentos que ha podido reunir, sin agregar ninguna reflexión personal o valoración crítica de las fuentes. En general transcribe con bastante fidelidad. Su estilo es sobrio y sin pretensiones, claro.

Después de la muerte del P Coudrin, continuó su trabajo en París, y fue de los más entusiastas colaboradores de Mons. Bonamie en la obra de la “refonte” [“refundición”] de las Constituciones, que aprobó el Capítulo de 1838 y que se imprimió en 1840.

El Capítulo de 1843 marca una fecha importante en las relaciones de Hilarión con el nuevo Superior General. Ese Capítulo propuso una refonte de las Constituciones de las Hermanas, enteramente simétrica respecto de la ya promulgada para los hermanos. En las actas del Capítulo no aparecen las discusiones, de manera que no nos informan sobre la actitud de Hilarión durante la Asamblea.

Lo que sí sabemos, es que, cuando llegó la hora de la elección del Consejo, él no tuvo votos, ni para Prior General, ni para Maestro de Novicios. Resultaron elegidos para

esos cargos respectivamente, el P. Leoncio Salles, con 23 votos; y Alejandro Sorieul con 21. Para Procurador hubo tres turnos, y al fin salió el P. Teófilo Guillaiss, con 17 votos. Se votó en fin para elegir los tres Consejeros, y resultaron elegidos: Isidoro David, con 26 votos; Felipe Fezendier, con 23; y Filiberto Vidon, con 21. Hilarión tuvo sólo 4 votos, y quedó fuera del Consejo General, por la primera vez en su vida. Sea que esa exclusión haya sido la culminación de un proceso que desconocemos, sea que ella represente el punto de partida de una crisis, se puede decir que desde ese momento su conducta comienza a cambiar, y su juicio a tomar una dirección que parece inexplicable sin una fuerte carga afectiva. El hecho es que, cuando el Superior General quiso realizar en la rama de las Hermanas, la misma "refonte" que había realizado ya en la de los Padres, se produjo una gran tensión, debida, a lo que parece a errores de psicología [subrayado nuestro] en su dirección del asunto. Lo curioso es que nuestro Hilarión, ahora en crisis, no duda en atacar y combatir en nuestras Hermanas como corrupción del espíritu de los Fundadores, lo que meses o años antes había promovido en nuestra rama como su necesaria adaptación.

Desde ese momento, todo lo que escribe está contagiado de espíritu polémico, y hay que leerlo con atención especial, teniendo presente este hecho.

En 1850, el Capítulo General, en su sesión de 3 de Septiembre, escuchó la lectura de un impreso de Hilarión, y en la del 6 del mismo mes pronunció una verdadera sentencia condenatoria, sin expulsarlo de la Congregación, medida que parece haberse discutido. El Acta de ese día dice:

*El Capítulo General ha adoptado por vía de escrutinio secreto, otra proposición así formulada: El P. Hilarión, según los documentos y las informaciones comunicadas en Capítulo, es juzgado peligroso y dañino para la Congregación. Actas, p. 283*

El 17 de Diciembre de 1853, Hilarión abandonó la Congregación, para establecerse en la casa de la Trinidad, en una comunidad de la primitiva observancia. Murió en Courbevoie (Seine) el 25 de Agosto de 1865, a los 83 años.

### *Principales Obras de Hilarión*

No es fácil hacer un elenco de las obras de Hilarión que pueda tener la pretensión de ser completo. Damos a continuación, en la medida de lo posible, por orden cronológico, las obras principales, sobre todo las anteriores a 1850.

#### 1.- 1801-1802: *Quelques Remarques sur le R.P.M.J.*

Es un pequeño cuaderno de 11 x 19 cm. con 25 páginas y algunas líneas de notas, cuyo origen nos explica el mismo Hilarión 15 años más tarde, cuando escribe:

*Creo deber observar que he sabido de labios de nuestro Rmo. Padre mismo una gran parte de lo que referiré en seguida, porque a menudo, cuando estábamos reunidos después de las comidas, y que él nos hablaba de las misericordias del Señor, se le escapaban, sin darse cuenta, rasgos de su vida que recogíamos con avidez. Era semejante a aquellos primeros padres de la Tebaida, a quienes, más de una vez sus discípulos arrancaron secretos que su modestia hubiera querido oculta. PAC 1138-1139 p. 42*

En realidad ese pequeño cuaderno, no es más que una sucesión de notas, en que se va escribiendo, sin orden cronológico, lo que se ha logrado arrancar al Fundador sobre su propia vida. Muchas veces están sus palabras entre comillas. No faltan los testimonios repetidos sobre el mismo hecho, una vez recogido de otra persona, otra vez directamente del Fundador. En suma, sin además de composición alguna, ese cuaderno es un simple depósito de recuerdos, en que se siente la inmediatez de la fuente, y lo fresco del testimonio, escrito según el mismo Hilarión "le même jour". Es un documento precioso como pocos. Se advierte una tendencia apologética respecto del Fundador, a quien considera un Santo. Hay

que tener en cuenta que será siempre un testigo parcial y quisiera contribuir a canonizar al P. Coudrin.

2.- 1816-1820: *Algunas Observaciones acerca del Reverendísimo Padre José María Coudrin, Fundador y Superior General de la Orden de Celadores del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*. PAC 1138

De este escrito conservamos un ejemplar que es tal vez la primera redacción, a juzgar por las correcciones frecuentes; tenemos otro sin correcciones, que parece ser una copia del anterior, siempre de la mano de Hilarión.

La redacción de estas páginas es ciertamente anterior a Abril de 1820, en que murió Abraham Coudrin, padre del Fundador, porque en él es presentado como una persona viva y en buena salud. Es también ciertamente posterior al año 1814, y probablemente escrito después de 1815, porque el año 14 no es ya "el año pasado". Por otro lado, parece difícil situar su composición después del 24 de Marzo de 1817, en que se recibió el Decreto de Aprobación de la Congregación, en que se la cambió el nombre. El documento la llama todavía "Orden de Celadores". Así, nos parece lo más plausible situarlo en la época que va del retorno de Hilarión de Roma, en Junio de 1816, a Marzo del 1817.

En este escrito se esboza una biografía del Fundador, a partir de su infancia y familia. La información se muestra todavía muy incompleta.

3.- 1835: *Vida de la Reverendísima Madre Henriqueta Aymer de la Chevalerie, Fundadora y primera Superiora General de las Hermanas de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*. Por Hilarión Lucas, sacerdote del mismo Instituto.

La "protestation" (Nota previa, aclaratoria de su propósito de respeto a los cánones en la atribución de la "santidad" a la Fundadora, que acompaña su biografía) lleva la fecha de 20 de Diciembre de 1847, pero la redacción es muy anterior. Su texto ha sido publicado no hace mucho, en dos pequeños volúmenes policopiados, sin introducción ni notas críticas, por la Casa Generalicia de las Hermanas.

4.- 1836: *Memorias sobre la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la Adoración del Santísimo Sacramento del Altar*. PAC. 1100-1103.

En la última página Hilarión escribe estas palabras:

*El 24 de Octubre de este año 1836 hemos tenido el consuelo de verlo (a Monseñor de Quélen. Arzobispo de París) en nuestra Casa de Picpus.*

Así, entre esa fecha y el fin del año, quedó terminado ese volumen, que abarca desde comienzos de la Congregación, hasta fines de 1820.

1837: Segundo volumen. La portada misma lleva la fecha, de la mano misma de Hilarión. Abarca desde 1820 a 1827.

1839: Tercer volumen También lleva la fecha en la portada. Abarca desde 1827 a 1837.

1840: Cuarto volumen. Termina; con estas palabras:

*Al terminar aquí el Suplemento de las Memorias de la Congregación... (15 de Enero de 1840).*

Contiene la historia de las Misiones de la Congregación hasta esa fecha.

5.- 1838-1839: *Vida del Reverendísimo Padre José María Pedro Coudrin, Fundador y Primer Superior General de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*. Por Hilarión, Sacerdote del mismo Instituto.

Es posible que esa obra haya sido redactada entre los dos primeros volúmenes de las Memorias, y los siguientes, aunque su presentación definitiva y la "protestation" llevan la misma fecha que la de la M. Aymer: 20 de Diciembre de 1847.

#### 6.- *Otros trabajos menores.*

Hilarión fue un trabajador infatigable, y fuera de apuntes, o redacciones anteriores o posteriores a las Memorias de que ya hemos dado cuenta, tiene una infinidad de otros trabajos, que se podría llamar "auxiliares" en su obra de cronista, y que tienen mucho valor para quien quiera hacer la historia de nuestros orígenes.

*Anuarios* No se cuenta el número de veces que ha recommenzado el mismo trabajo, de anotar en un volumen que reserva una página a cada día del año, todo lo que ha sucedido ese día, desde los años de la infancia del Fundador, hasta la época de la composición, naturalmente en riguroso orden cronológico

*Cronología.* Es un volumen con una breve anotación de los hechos simplemente por orden cronológico.

#### 7.- *Obra no-literaria, de Secretario.*

De gran valor para la historia, es también la enorme obra que realizó Hilarión para montar la Secretaría y los Archivos de la Congregación, que deben a él su fundación. Sin pretender ser completos, anotamos los principales documentos de este tipo.

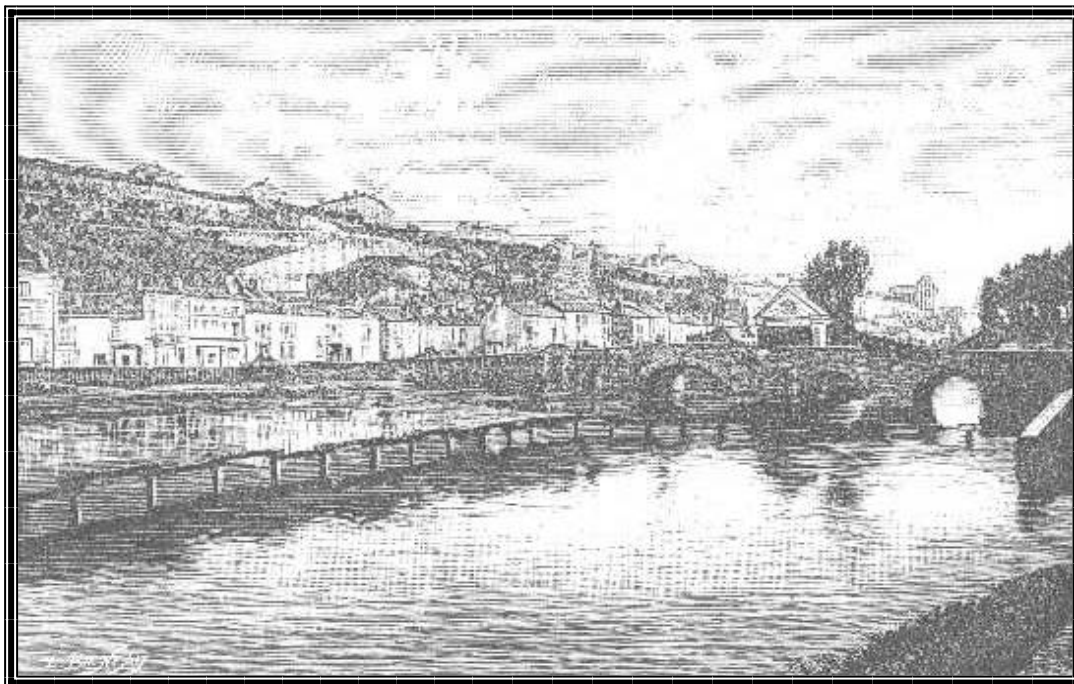
- Copia de cartas de los Fundadores, de las Memorias de S. Gabriel de la Barre, y otros documentos.

- Copia de documentos que pueden tener interés para la historia de la Congregación. Hay varias colecciones.

- Cuadros General de los Profesos de la Congregación, etc. En que siguiendo el orden cronológico de profesión, parte desde el P. Coudrin, que lleva el n. 1, y llega hasta el H. Marcos, Converso, profeso el 17 de Septiembre de 1828, que lleva el n. 248. Frente a cada nombre, hay el nombre y apellido del padre y de la madre, la fecha y lugar de nacimiento, y la fecha de profesión. Es un trabajo preciso, pero incompleto. Hay algunos nombres primitivos que no fueron registrados en ese "Cuadro".



P. Hilarión Lucas  
(1782 - 1865)



### MONTBERNAGE (POITIERS)

El casco antiguo de la ciudad queda limitado y cerrado en forma de almendra por los ríos Clain y Boivre. Todo el resto son barrios exteriores, como este de Montbernage, al este de la ciudad. La parte más cercana la forman esta hilera de antiguas casas a lo largo del río. Construidas contra la espalda de la pendiente y apretadas unas y otras, eran un refugio fácil para la huida a través de las buhardillas y tejados. El amplio resto se extendía por lo alto de la planicie de tierras de cultivo, lugar de granjas y pequeños pueblecitos. El puente Joubert lo une a la parte baja central de la ciudad, desde donde sube por la pronunciada pendiente de la calle Mayor, a la parte alta de la ciudad, lugar de antiguas mansiones, iglesias románicas y también de la Grand'Maison.

Esta estampa es de 1899, cuando ya habían despojado al puente de sus dos torreones de defensa y de la imponente verja levadiza de hierro que cerraba su entrada en arco a la ciudad (ver grabado más antiguo en la pg. 32). Durante la Revolución solo este puente y el Puente Nuvo eran practicable para mayor control de todas las entradas y salidas.

Al dejar la Motte d'Usseau, Pedro Coudrin se acerca a Poitiers, la ciudad donde ha cursado sus estudios. Pero permanece por Montbernage, donde celebra de noche las famosas Misas masivas que llena alguna de las granjas. Una red bien organizada pasa los avisos y controla los movimientos nocturnos. Baja al barrio de casas del río, entre ellas a la de la Guste, legendario refugio en la persecución. Más a la derecha, fuera ya del grabado, se encuentra el centro hospitalario de los Incurables, en esa misma margen, donde halló refugio en las religiosas que lo dirigían, las Hermanas de la Sabiduría, fundadas por San Grignon de Montfort (1673-1716) entre las que sobresale su superiora Sor Ave, que viste a Pedro Coudrin con el uniforme de los pobres. Allí nació el nombre de "Marche-à-Terre", tras el que andaba loca la policía. Estos lugares de Montbernage habían sido misionados por el ardiente apóstol San Grignon de Monfort. Pedro Coudrin vio con asombro que aún rezaban y cantaban las mismas expresiones de devoción al Corazón de Jesús y de María que aquel les había enseñado.

Después de año y medio, en el mes de abril de 1794, Pedro Coudrin decide entrar en la ciudad. Fue su gran reto, porque anduvo entrando y saliendo, y allí tomó contacto con la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús en la calle Olérons, con los sacerdotes de la clandestinidad y la famosa "madre de los sacerdotes", la Srta. Gauffreau en la calle de la Regratterie, otra legendaria luchadora. La travesía del puente le costó varias veces poner en grave peligro su vida. Así vivió estos años, con semanas enteras sin dormir, entre períodos más o menos virulentos de persecución, sobre todo hasta la muerte de Robespierre en agosto de 1794.

## B. TEMAS QUE SE REPARTEN ENTRE LOS NÚMEROS

Piadoso	1- 3 - 35 - 50 - 77
Granero Motte d' Usseau	1 - 41 - 60 - 62 - 64 - 70
Visita familias	2 - 4
Arrestado	3
Cárceles	4 -8 - 18 - 28
Predicador	4b
Milagros	5 - 33 - 44 - 51 - <u>52</u>
Otros sacerdotes	6 -10
Guillotina	7
Peligros	3- 7- 9- 15- 20- 21- 23- 34- 47- 48- 69
Entra Poitiers	11
Agotamiento	13
Con juramentados	14
Molino de Viento	15 - 49 (San Pedro - G' Maison)
Disfraces	16 - 17
Con Santísimo	7 -19
Chivatos	22
Pont Neuf	24
H. Deschartes	25 (Goffreau - Sor Ave - Babin)
Sacerdotes: burla y calumnia	26 -27 - 29 - 30 - 53
Mons Bruneval	28
Montbernage	31- 32 -42 - 43 (Guste) - 67 - 68 - 69
Milagros (?)	33 - 44 - 51 -52
Primeros años de P. Coudrin	- su padre 35 - tío Rion 36 - San A. Fournet 37 (su vicario) - 38 - Focum 39 - Sacerdocio 40 - Cantamisa 41
Los Incurables	42 - 71
Luz en el bosque	44 - 67bis
Poitiers - Olérons	45 -46- 48
Misas Nochebuena Poitiers	47 (Saint Didier - de la Barre - Olérons)
Predicador	50 - 55 - 66 - 73
Mortificación	52 -72 - 78
Paciente	52 - 53 - 77
Confesor	54 (su familia - sacerdotes - juramentados)
Humildad	55
Su abuelo	56
Música	57
Familia sufre	58
Intentos fundación	63
De fuego - infatigable	66
Sencillez	75
Religioso SS.CC.	74
Devoción a la Virgen	76
Sermón subdiácono (S.P. Maillé)	78 (Srta. Viart?)
Luis Hayer, lazarista seminario	78



## C. TEXTO DE HILARIÓN LUCAS

1) El Hermano Policarpo<sup>1</sup>, al decir un día una *Ave María* que le pedía una persona, dijo en lugar de *Sancta Maria, Sancte Joseph. Se corrigió al instante, "no se corrija, le dijo Nuestro Padre, se las entenderán bien."* [1801]\*.

Se decía comúnmente: *el Señor Jerónimo*<sup>2</sup> enseña a amar a Dios, y el Señor Pruel (?) a rezarle.

[Tengo este hecho por el Señor Roulleau]

En los comienzos de su sacerdocio, se vio obligado a pasar algunos meses escondido en un granero, sin ver casi a nadie y en una oración continua. Allí fue donde concibió el proyecto de hacerse misionero, y fue con esa intención que abandonó su granero el día de San Caprasio al que se consagró el 20 de Octubre. [1792]

2) Un día en la calle (tal vez hacia el 18 de Fructidor)<sup>3</sup>, oyó a alguien que decía con inquietud: "Dios mío, ella está a la muerte, y no hemos podido encontrar al Señor Jub..." (era el nombre de un intruso)<sup>4</sup>. Se detiene, le pregunta con confianza por qué iban a buscar al intruso, y le dice que él mismo es sacerdote, y que no tienen más que conducirlo a donde está la enferma de que hablan. Lo conducen: la confiesa y convierte a toda la familia. [Hacia 1797]

3) Al salir de su granero, de que he hablado, obligado a esconderse en los bosques, sin poder quedarse una noche en el mismo lugar, lo encontró y lo detuvo un gendarme. "Qué quiere Ud. hacer conmigo, - le dijo con ese ademán de mansedumbre, esa noble confianza que parece provenir de la piedad y que la virtud inspira -, soy sacerdote, es verdad." Impresionado por esta valentía, el gendarme le ofrece un asilo en su casa, lo esconde allí varios días, y le busca él mismo un escondite. [1792 a 1793]

4) En tiempos del Terror, demostró el valor más grande. Escalaba los muros de las prisiones, para llevar allí los consuelos espirituales. El mismo me ha dicho que una noche de Navidad había escalado el muro de las Penitentes<sup>5</sup>, llevando consigo los ornamentos sagrados, un cáliz con las abluciones, porque había dicho ya la primera Misa, y fue a ofrecer el Santo Sacrificio por las personas que allí se había aprisionado. He aquí otro hecho que he sabido de su boca: se lo llamó en tiempos del mayor Terror, para dar los sacramentos a la esposa de uno de los patriotas más fogosos. El fue. Aquel hombre estaba presente. El P. José María apenas alcanzó a pronunciar algunas frases, hablando de Dios con ese tono enérgico y conmovedor que le es propio, cuando aquel hombre, convertido, se echó a sus pies, confesándole que unos momentos antes lo hubiera entregado él mismo. No sabe si ese hombre ha perseverado, porque no sabe ni quién lo condujo allí, ni en qué lugar, ni cuál era la persona. [1793 a 1795]

---

\* **Nota del traductor (JV):** Hemos colocado entre [ ] las notas marginales de Hilarión. Los números marginales están en el original.

<sup>1</sup> Juan Brumauld de Beauregard, futuro Obispo de Orleans

<sup>2</sup> Sobrenombre del P. Coudrin durante la clandestinidad

<sup>3</sup> 4.IX.1797

<sup>4</sup> Sacerdote de la Iglesia Constitucional y cismática.

<sup>5</sup> Convento convertido en prisión

**4 bis)** Nos decía un día, que se le hubiera hecho un servicio si se hubiera conservado algunas ideas particulares que Dios le proporcionaba en sus sermones. "A los comienzos, dijo, predicaba yo un retiro. No había jamás visto uno solo: apenas sabía de qué se trataba. Pues bien! predicaba yo mañana y tarde pero tenía yo frases que aterraban a mi gente. Veía yo las cabezas que se inclinaban y se hundían en los capotes. Pronunciaba otra más: las venía hundirse todavía más. Y después del sermón, dejaba a esas personas inmóviles, sumergidas en sus reflexiones." Efectivamente, personas que lo han escuchado, me han dicho que era todo fuego en aquellos tiempos, y que ha perdido mucho, y sé por una persona que se lo ha visto más de una vez obligado a interrumpir porque estaba agotado, y quedarse como muerto, tan penetrado estaba él mismo. [1792]

**5)** Un día le llamaron para administrar a una señora que estaba sin conocimiento. [No sé el año] El fue, llevando consigo un Sagrado Corazón con el que se operó un milagro admirable de que hablaré más adelante. Llegado a la casa, él le habla, pero inútilmente. Hace salir a todos, con el pretexto de que podrá sacar algo a esta señora estando solo. Inmediatamente toma el Sagrado Corazón que tiene, lo aplica con fe a la enferma que recobra la palabra, recibe los sacramentos, y en seguida pierde el conocimiento y muere. [Señorita Lise de... vecina de Guron, a cinco leguas de Poitiers]

**6)** Permaneció un tiempo escondido con el Señor Dodain, sacerdote respetable y que llegó a ser mártir. Este santo sacerdote decía siempre, antes del Viernes Santo, al P. José María: "Ud. no lo creería, desde hace unos días, encuentro en mi oración que la guillotina es deseable para mí. Y sin embargo será bien difícil de cortar, agregaba llevándose la mano al cuello que era muy corto. Dos días después fue capturado, y fue guillotinado el mismo Viernes Santo, día en que debía predicar la Pasión. Su entereza, su valentía, su alegría al ir a la muerte hicieron temblar a Planier sacerdote casado, y a Bobin sus jueces y sus verdugos. "Acuérdate, dijo a este último, que seré tu juez. Me comprometo a ello delante de Dios. Un día estaré sentado sobre uno de los doce tronos de Israel y te juzgaré." Como no había dicho sus Completas, y tenía que esperar un cuarto de hora antes de subir al cadalso, preguntó: "¿No habría alguno que tuviera la caridad de prestarme un breviario para decir mis Completas?" Una señora le mandó uno, y cuando estuvo pronto a partir, lo entregó a personas que encargó de agradecer en su nombre a esa señora caritativa. El verdugo falló por tres veces, y tuvo que valerse de un cuchillo para degollarlo.

**7)** Algunos días después, el P. José María, fue a la plaza del Piloni (Picota), a casa de la señorita Bâtard, llevando consigo el Santísimo para poder hacer escapar a una infeliz religiosa que tuvo la culpable debilidad de casarse con un tío sacerdote, y que se encontraba peligrosamente enferma. Como la puerta de la casa a que iba no estaba abierta, se paseó en la plaza, y para no dar la impresión de que tenía miedo, subió a la guillotina, teñida aún con la sangre de su querido Dodain, y al bajar reconoció la voz de dos intrusos que conversaban, y que habían hecho con él su seminario. Felizmente no lo reconocieron.

"En aquellos tiempos, [1793-1794], nos decía él mismo, yo era todo de fuego. He estado durante más de dos años sin tener casa en donde dejar el Santísimo Sacramento, y lo llevaba todo el día conmigo, por temor de encontrar algunos enfermos. Administraba a veces seis o siete por noche. Toda mi idea era que, si me prendían, comulgaría en viático. Eso era todo mi consuelo. No tenía reposo, ni de día ni de noche. Casi no dormía, yo que tengo necesidad de sueño. Corría sin cesar de un extremo al otro de la ciudad, y con frecuencia seguía a la guardia que hacía las visitas."

**8)** "Muchas veces con el Señor Fauvette<sup>6</sup> escalé los muros de las prisiones, de las Carmelitas, de San Pedro, de las Penitentes para llevar el consuelo a las personas que allí

---

<sup>6</sup> Abbé Soyer, futuro Obispo de Luçon (Lestra, I.123).

estaban encerradas. Los prisioneros no sabían por dónde pasábamos, y no había sino dos en la sala que conocían los medios que usábamos. Nos conducían a los pies de la casa: nos hacían pasar por encima del muro. Abajo encontrábamos personas que nos llevaban a la sala de los encerrados, y en la misma forma volvíamos. El carcelero de una prisión tenía la costumbre de salir todas las tardes para cerrar su contraventana, y dejaba la puerta abierta durante ese breve espacio de tiempo. Nos habíamos puesto de acuerdo para el acecho con los prisioneros, y así entramos aprovechando ese momento. Un perro que estaba en la puerta no ladró, y encontramos una persona que nos esperaba allí y nos condujo a la sala. Al principio llevábamos el Santísimo Sacramento en copones llenos de hostias. Fui el primero que me atreví a poner todos los ornamentos en una especie de mochila, y no avisé a Aglae<sup>7</sup>, pero cuando llegamos, le dije que no era todo, y que había que decir la Misa. La dije, prediqué, y se temía horriblemente que nos hubieran escuchado. Aglae además no dijo la Misa. Mi querido amigo, me decía, nos expones con tus imprudencias."

9) "Una vez iba yo a llevar el Santísimo y administrar a una enferma en una casa. Había en el patio un dogo corpulento, un criado y dos Westermann<sup>8</sup> tendidos. Dos mujeres que debían esperarme, se habían quedado dormidas. Llegué, y al querer empujar una grande puerta, como estaba mal asegurada a sus goznes, cayó sobre el pavimento con estruendo, y por un milagro de la Providencia, no se despertó ni siquiera el perro que dormía en el patio. Entré. Las dos mujeres me dijeron: ¡ay Señor! qué ruido es ese que hemos escuchado? Les dije: mis buenas amigas, qué quieren Uds? Estoy perdido, pero es necesario, en consecuencia que administre a esa enferma. Durante ese tiempo, ellas salieron, y repusieron la puerta sobre sus goznes. Cuando salí, les pregunté quién había repuesto la puerta. Me respondieron: Señor, hemos sido nosotros, y no nos ha costado mucho. Entonces dije: "Dios mío, tu quieres cuidarme. Sin embargo no lo merezco nada."

10) "Confesaba yo entonces á todos los sacerdotes de la ciudad. Tenía más de cuarenta. Pasaba de tres a cuatro noches en esta tarea."

11) "Como había pasado al principio seis meses en la ciudad, hice después una especie de promesa a Dios, de quedarme a trabajar en los campos hasta que ya no pudiera permanecer allí. Me extendía pues por los campos, hasta que llegó el Terror mayor. Entonces me despidieron en todas partes. Escribí a Fauvette que no tenía refugio. Vine a Poitiers atravesando una infinidad de guardias disfrazado de panadero, llevando un pan de 16 libras en la cabeza. No me preguntaron nada. Llegué a casa de la Señorita de Pleumartin. Era en 1793. La señorita Chevalier, que vivía entonces con la señorita Bert, vino y me ofreció un asilo, con tal que les asegurase la Misa el Domingo, y allí me quedé."

12) "Salía continuamente. Tenía entonces mucho más ánimo que ahora. Hacía mucha más obra. Se me consideraba tanto como perdido, que se echaba pajas y se abandonaba a la suerte, para saber quién me debía acompañar. Yo me enojaba cuando me querían impedir que saliera, y amenazaba con salir de la casa en pleno día y con no volver más. ¡Cómo, - decía yo -, se me quiere impedir el ejercicio de mi ministerio! Ah! Me prenderían mucho antes si no lo ejerciera."

13) Durante todo ese tiempo, estaba pálido, deshecho, casi no comía, y estaba agotado por la fatiga, sin desalentarse jamás.

14) Cuando los Vicarios Generales recibieron del Papa el poder de recibir la retractación de los sacerdotes juramentados, el Señor de Brunneval lo envió a recibir, en los alrededores de Richelleu las de todo un Capítulo y de un cura, en tiempos en que nadie osaba poner los pies fuera.

---

<sup>7</sup> Abbé Martin, de Angulema (Lestra, *ibid.*).

<sup>8</sup> Soldado de un cuerpo comandado por un general de ese nombre, y destinado a la lucha con los vendeanos.

15) Un día en que decía la Misa en Moulin-à-Vent, y en que el oratorio estaba lleno de gente, llegaron unas personas para hacer la visita. La señorita Lussa de la Garélie mirando por la ventana descubrió a los guardias y fue a decírselo, mientras estaba predicando: helos aquí. "Mis hermanos, - dijo a los que lo rodeaban -, permanezcan tranquilos. Voy a ausentarme, no sucederá nada." En un instante desapareció, y se retiró todo de la capilla. La señorita Bert y la hermana Teresa fueron las únicas que quedaron ante el Santísimo, y se hizo entrar a los guardias por una puerta, mientras los fieles salían por otra. Cuando llegaron a la capilla, preguntaron a la hermana Teresa por qué rogaba a Dios. La irritaron tanto, que les respondió con firmeza: "rogamos a Dios por Uds., contra Uds. y a pesar de Uds." Como preguntaron qué cosa había allí, mostrando el tabernáculo, la señorita Bert les respondió con firmeza: "El Santísimo Sacramento". Nueva pregunta e idéntica respuesta. Se cree aún que agregó: "vuestro Dios y el mío." Incluyeron en el proceso verbal que ella les había dicho que había un santo Sacramento, y se retiraron. [Después del 18 de Fructidor]

16) Durante el Terror, el P. José Maria se vio obligado a disfrazarse diversamente, para evitar que se lo reconociera por aquel que se había visto seminarista algunos años antes. A veces se disfrazaba de panadero, otras, forzando por la necesidad tomaba los vestidos de gendarme o de oficial, y más de una vez los soldados lo saludaron teniéndolo por tal. A veces se disimulaba bajo los vestidos de campesino, y así fue como pasó quince días en calidad de doméstico, en casa de una respetable señora. Fue porque se temía las habladurías de una sirvienta de la casa, buena católica, pero muy indiscreta. Sólo para no encontrarse a cada paso con esta joven, se había convenido con la señora que comería con ella, y para que la joven de quien se desconfiaba no sospechara nada, tomó como pretexto que quería usar de los beneficios de la nación, que pretendía que todos los hombres eran iguales. Lo que había de más gracioso en esta aventura, es que esta joven quería mandarlo a la plaza a vender los guisantes que se había cosechado en sus campos, y como él no quería, "mi señora, decía a su ama, *nuestro 'raro' es por lo menos arrogante: no quiere ir a la plaza a vender guisantes.*" Lo atormentaba de continuo, y él se mantenía en una reserva que la sorprendía. Lo golpeaba duramente cuando no cumplía a su antojo los trabajos más humildes de la casa. Por fin, llegó un día en que tenía que decir la Misa. El P. La Motte<sup>9</sup>, que estaba en la misma casa le dijo que celebrara primero el Santo Sacrificio. Sube al oratorio y se reviste. Aquella joven, que entraba en ese momento llevando la luz, quiere darle con las tenazas que tenía en la mano gritando: *nuestro raro que se burla de los ornamentos sagrados.* El P. José María se vuelve entonces con una seriedad verdaderamente sacerdotal, le habla de los males de los tiempos que obligan a los sacerdotes a adoptar estas formas extrañas, y aquella joven queda tan impresionada de ver un sacerdote en el que había tenido por el pobre José, que se desmayó. Ha muerto más tarde. [1792]

17) Muchas veces, con las mismas vestimentas, y bajo el mismo nombre de José, acompañaba al Padre La Motte, con la linterna en la mano, y cuando éste encontraba uno de los más famosos terroristas, decía en voz alta: *José, alúmbrame.*

18) Fue a los calabozos a confesar a las señoritas Goffreau que estaban allí encerradas. La mayor estaba entonces en un calabozo. Le dio la comunión. [1793-1795]

19) Durante más de diez y ocho meses no dejaba el Santísimo ni de día ni de noche, porque en todo momento había enfermos que confesar.

20) Cinco o seis días después de la muerte del señor Dodain, fue a confesar una enferma en la casa misma del que había hecho prender a ese santo mártir. Fue él en persona quien le abrió la puerta, tomándolo por pariente de una persona de unos sesenta y tantos años, que para ocultar la cosa, se le echó al cuello para saludarlo como a su pariente. Un

---

<sup>9</sup> Abbé de Montrebeuf (Lestra, *ibid.*).

cirujano, famoso terrorista, estaba en ese momento en el cuarto de la enferma, y Dios permitió que, pensando que el P. José María quería hablar a su pariente, que habitaba en el mismo cuarto, se retiró diciéndole que temía molestarle. En poco tiempo, la enferma se confesó, recibió la extrema unción, con una unción sola, y el Santo Viático. El P. José María sale, y apenas había cerrado la puerta de la casa, cuando la mujer del infeliz que había mostrado un patriotismo furioso, mujer que no tenía menos furor, grita a su marido: *es un sacerdote el que se va. Él le responde: hubieras debido decírmelo antes. Lo hubiera hecho prender. Pero la víctima estaba ya lejos.*

21) Se podría citar diversos rasgos del fanatismo republicano. Algunas personas han venido a confesarse con el P. José María diciéndole: "Mi Padre, lo hemos escogido de proposito, porque como no le conocíamos sino bajo el nombre de Marche-à-Terre, lo hemos velado, fusil en mano, para matarlo, creyendo hacer un gran servicio a la república."

22) Cuando el P. José María estaba donde la señora Favre, una mujer pobre vino a decir a la señorita Favre: "Si lo quisiera, Ud. que tiene aspecto de persona educada, podría hacerme un servicio." La señorita Favre le preguntó en qué: "Oh Dios mío! - dijo ella -, dicen que hay muchos sacerdotes en esta calle. Ofrecen cincuenta francos a los que los hacen prender. Si Ud. me pudiera descubrir algunos." Vaya! le dijo la señorita Favre sorprendida, no le importaría atormentar así a la gente. Y... dijo la otra en tono tranquilo; cuando se es pobre... Fuera de que esos tipos hacen tanto mal a la nación. Si conociera algunos, le dijo la señorita Favre, no se lo diría. No pensaría hacer mal, replicó la mujer. Quisiera conocerlos, pero no quisiera denunciar casas sin estar segura."

23) Otra vez el P. José María fue a confesar inválidos y una enferma a las nueve de la noche, vestido como un pobre de los incurables, a una casa donde estaban a cenar veinte y dos terroristas. La doméstica que lo esperaba, le había dicho que estaría tras de la puerta, y que no tenía más que golpear. Golpeó en efecto con su bastón, pero ella estaba en la parte alta de la casa. La mujer escucha, asoma la cabeza por la ventana, y pregunta quién es. El se hunde en la puerta, ella no lo ve y dice a su marido: *no es nadie; había creído escuchar que llamaban.* La doméstica recuerda entonces lo que había prometido. Baja, lo conduce al cuarto en que estaban las personas que debía confesar. Había un perro grande en el patio, que no solo no ladra, sino que viene a lamerle los pies. Asilos animales rendían homenaje a la virtud perseguida por los hombres. El P. José María se queda una hora confesando, baja en seguida, atraviesa de nuevo el mismo patio. El perro lo acompaña hasta la puerta, y una vez que ha salido, se pone a ladrar como de costumbre.

24) Algunos días después de la muerte de la señorita Babin, fue a confesar a Montbernage... pero esta sangrienta ejecución había sembrado el horror en todos los corazones. Nadie quería alojarlo. *Señor,* le decían esas pobres gentes, *Ud. tiene demasiada caridad para exponernos. Tenemos niños.* Estaba entonces con el marido de la Guste. *Mi pobre amigo,* le dijo, *nadie me quiere recibir. No dormiré en la calle. Me tienes que acompañar a la ciudad.* Aquel hombre le hizo ver que no podían pasar sino por el Pont-Neuf, y que allí había once o doce guardias que no dejaban pasar a nadie sin pasaporte. "*Bajo la protección del buen Dios*", dijo el P. José María, y convinieron en que iría tras ese hombre, que si lo quisieran detener, daría su nombre, y que como estaba muy oscuro, el P. José María pasaría durante ese tiempo. Cuando estaban cerca, el guardia gritó: *¡quién vive!* El hombre respondió: *¡ciudadano!* A una segunda pregunta, el P. mismo respondió idéntica cosa. Todos los fusileros, con excepción del guardia, estaban entonces en el cuerpo de guardia y le gritaron: *ten buen cuidado, examina bien los pasaportes.* El guardia respondió: *no teman: es un buen ciudadano.* Una vez que el P. pasó, le tendió la mano y se la estrechó diciéndole: *¡ah señor, a qué peligro ha escapado Ud.!* Era un hombre que había confesado hacía dos días. Lo había reconocido al verlo.

25) Una anécdota mostrará lo negro de esos días horribles. Los hermanos Deschartres, que fueron prendidos en un bosque de renuevos de propiedad de la señorita Babin, fueron encarcelados, y no declararon nada. Pero se sabía que eran tímidos, y para arrancarles la verdad se urdió una trama infernal. Se hizo imprimir una especie de bando que dice que quienes descubran la verdad tendrán la gracia. Se lo hace llegar a la prisión. Se les agrega que si descubren a las personas en cuya casa han sido recibidos, donde han estado de paso, que les han prestado servicio, su gracia está pronta, que por lo demás, no hay nada que temer para todas esas personas; que se las encarcelaría tal vez por ocho días, a fin de engañar los ojos de la ley, pero que se las dejaría después en libertad; que por lo demás, si eran religiosos, como parecían, deberían preferir conservarse para salvación de los pueblos, antes que morir como fanáticos. Engañados así, estos sacerdotes demasiado escrupulosos, creyeron, por un principio de conciencia, tener que descubrirlo todo. Gracia a las indicaciones que dieron, las señoritas Goffreau fueron expuestas en el cadalso, Sor Ave fue condenada a quince años de cadenas por haberlos ocultado, y con ellos Coudrin llamado Marche-à-Terre. La Señorita Babin en cuya casa habían sido prendidos, es encarcelada. De inmediato se los conduce al interrogatorio. Pronto se pronuncia la sentencia: el Sr. ... *es condenado a muerte, como traidor a la patria; el Sr. ... es condenado a muerte como traidor a la patria; La ciudadana Babin es condenada a muerte por haberlos ocultado.* A estas palabras, los que esperaban verla poner en libertad juntaron las manos en señal de dolor. De inmediato se les cortó el pelo y se los puso en la carreta que debía llevarlos al suplicio. *Perdónanos de veras,* decían a la señorita Babin, esos sacerdotes respetables y espantosamente engañados. Ella los animaba a la muerte diciéndoles: *Vamos, señores, tengan valor: la única gracia que pido al verdugo, es la de guillotinar me la primera.* En efecto, se los hizo subir a los tres juntos al cadalso, y ellos la vieron ejecutar en su presencia.

26) El P. José María ha prestado muchos servicios a casi todos los sacerdotes que vinieron a esta ciudad, sea personalmente, sea por medio de otros. Les ha proporcionado un refugio, les ha enviado harinas y otros socorros necesarios para la vida; y nadie ha sido más calumniado que él. Se lo ha calumniado en sus conocimientos, tratándolo de ignorante, hasta de imbecil, al punto que ha habido algunos de sus colegas tan sin miramientos, que se reunieron en partida de diversión, y le hicieron venir con el pretexto de asuntos importantes, para entretenerse toda una tarde. El P. José María sufría todo eso con espíritu de sacrificio, y ofrecía a Dios todas sus penas. "Porque, - nos decía un día, hablándonos de todo eso familiarmente, como un padre con sus hijos -, yo era entonces mejor de lo que soy ahora." No podía abrir los labios, sin que se riera de antemano, a tal punto se lo tenía por insensato. Otros sacerdotes fieles, no menos celosos y no menos respetables, no tenían menos enemigos y no eran menos ultrajados indignamente. Tal era M. Henri que en los primeros instantes de la Revolución prestó tantos servicios, trabajando día y noche, confesando sin cesar, venciendo el sueño de tal manera, que cuando confesaba estaba obligado a tener junto a sí un vaso de agua, para frotarse con ella los ojos y no quedarse dormido. Por eso de allí le vino una enfermedad que le ha dejado continuos achaques; lo mismo sucedió también al Sr. Perpetuo<sup>10</sup>. Los tres tuvieron que soportar las mismas injurias, y se decía corrientemente: *"Mira el tonto de Henri, el insensato de Jerónimo... y el imbecil de Perpetuo..."*

27) El P. José María fue también atacado en su fe. Se lo hizo pasar por un hereje. Se le reprochó sostener opiniones erróneas, al punto de que con un procedimiento insidioso y perverso, se le envió una lista de proposiciones falsas que se le acusaba de sostener, preguntándole su parecer. El se dio cuenta de la trampa, y las devolvió a su autor diciendo que veía el lazo que se le había tendido, que por lo demás ya que se le pedía el parecer, que las

---

<sup>10</sup> Canónigo du Chastenier (Lestra, ibid.).

condenaba, que las renegaba todas y cada una en particular, y que se atrevería a añadir que renegaba hasta de la mano que las había escrito.

**28)** Fue calumniado en su celo, que fue tratado de hipocresía o de temeridad culpable. Los Superiores Eclesiásticos, envenenados por falsos informes, junto con aprobar interiormente su celo, que no podían menos de admirar, le reprochaban continuamente sus pretendidas imprudencias. Se llegó hasta a llamarlo el *Verdugo de sus colegas*. Siempre humilde, estaba tentado de condenarse a sí mismo. Una vez, por fin, un generoso valor venció sobre los temores, y respondió con una fuerza sacerdotal al Señor de Bruneval, por entonces encargado de la administración de la diócesis. Encabezó la carta con estas palabras: *Sacerdos Christi ad Gubernatorem Dioecesis Pictaviensis*<sup>11</sup>. Y en el cuerpo de la carta esas primeras palabras: *Sacerdos Christi* se repitieron más de una vez. Invocó la conciencia de aquel virtuoso Vicario General, y le dijo, conservando siempre el respeto debido a su cargo, que daría cuenta a Dios de haber encadenado el celo de un sacerdote; que si a otros faltaba el valor o la fortaleza, al menos no hubieran debido impedir lo poco que él hacía por Jesucristo. Que esos sacerdotes que le reprochaban con tanta amargura sus imprudencias no encontraban que él se expusiera mucho en los tiempos del Terror, cuando, no teniendo las fuerzas para salir para prestarse mutuos servicios, lo hacían todos venir para que los confesara; que por lo demás podía retirarle las facultades y que él se iría a trabajar en otra diócesis. Es que varios administradores de dos o tres diócesis, edificados con su celo, le habían enviado poderes. El mismo Señor de Bruneval sentía toda la fuerza de estas razones, y un día en que todos los sacerdotes encerrados con él en la Trinidad, se reunieron en torno suyo para forzarlo casi con sus instancias a suspenderlo, les respondió: "Señores, puedo muy bien hacer observaciones a este joven; pero mi conciencia me reprocharía el detener de esa manera totalmente su celo." Tres días después, el P. José María se vio forzado a escalar el muro de la Trinidad para ir a encontrarse con ellos por un asunto importante que afectaba la misma vida de ellos, y que no podían confiar a nadie. [Hacia el 18 de Fructidor por lo menos]

**29)** Fue calumniado en su obediencia. Se le imputó el haber violado la prohibición que habían impuesto los superiores de la diócesis, y nadie fue más estricto en observar esta prohibición que él. Desde entonces no se cantó una sola vez. En general fue el más sumiso de todos a las órdenes impuestas por quienes tenían la autoridad en la mano, y que consideraba siempre como sus amos y como aquellos cuyas decisiones se debía seguir ciegamente. [Desde 1799]

**30)** [Volver a la página 26] No hablaré de esas imputaciones odiosas contra las costumbres. Aquí un eterno silencio debe cubrir todas las imposturas que no pueden sino arrojar un barniz siniestro sobre sus culpables autores. Pero, desgraciadamente para ellos, este olvido no es posible. Las calumnias fueron públicas. La virtud ha sido deshonrada abiertamente. Quiera el cielo dar un toque a esos corazones criminales, y hacerles sentir la enormidad de su falta.

**31)** Durante el Terror más grande, el P. José María decía la Misa a más de quince personas en pleno campo en Montbernage, y todos cantaban juntos el bello canto "Madre de Dios, del mundo Soberana", en forma que desde la Plaza Real<sup>12</sup>, se escuchaba, a las dos de la mañana el ruido sordo que venía de las "dunes"<sup>13</sup>. Después se retiraba a dos leguas de allí. [1793 a 1795]

---

<sup>11</sup> Sacerdote de Cristo, a los que gobiernan la diócesis de Poitiers.

<sup>12</sup> Hoy Plaza Maréchal Leclerc

<sup>13</sup> "Dunes": llanura alta, domina Poitiers por el oriente.

**32)** Durante los días del carnaval, dio en ese suburbio las Cuarenta Horas, y para hacerles hacer el sacrificio de la carne a la que tan culpablemente se suele entregar tan culpablemente en ese tiempo, les dijo en la predicación que ya que el suburbio había mostrado tanta fe, era necesario que se hiciera notar en otra forma, y que para eso les pedía una gracia. Y continuó su sermón sin decirles lo que era, a fin de excitar su curiosidad y disponerlos a obrar mejor lo que él quería. Por fin, después de haber repetido varias veces esta exhortación general, les pidió, en nombre del Señor, que ayunaran esos tres días, y que no bebieran vino entre las comidas para expiar los crímenes que se cometían durante esos días de desolación para la Iglesia. Les costó, pero hicieron lo que les había pedido, y dando una vuelta por el suburbio el día mismo del carnaval, vio que en diferentes casas se habían reunido en gran número, y que reían a una, pero sin beber vino.

**33)** La señorita Marsault se había clavado las tijeras en la mano, en forma que los nervios se habían contraído, los dedos se hundían en la mano, y se la consideraba lisiada, en forma que se quería enviarla a París, y un cirujano le había dicho que podría muy bien quedar lisiada para toda la vida. Un día Vuestro Padre le ató un Sagrado Corazón en la mano diciéndole: *si tuviera Ud. fe, señorita, sanaría*. Ella le respondió: *Mi Padre, no deseo otra cosa*. Mientras hacía oraciones tomándole la mano, entró un hombre. El P. José María retiró su mano, temiendo lo que ese hombre pudiera pensar. Se retiró a la presencia de Dios hasta la tarde, y en la noche, entre las diez y las once, la hizo venir para rezar. Le dijo, en presencia de la Señorita Lussa, de Renne y de Sor Teresa: *muéstrenos su mano; queremos ver cómo está*. Había dicho a la señorita Lussa: *qué daño me ha hecho ese hombre: estaría ya curada*. Le tomó la mano y le estiró con esfuerzo los dedos. *Ah, Señor!*, le dijo ella, *cuánto me hace doler!* Él le dijo: *está Ud. curada*. En ese instante ella dio un débil grito y dijo: *me siento mal*. Entonces él le repitió: *Vamos: está Ud. curada*. Y pasó la mano sobre la de la señorita, y desapareció el dolor. En seguida se fue a la capilla a decir una *Salve Regina*.

**34)** Cuando el P. José María vivía en S. Pedro<sup>14</sup>, dijo un día a la señorita Lussa de la Garélie, que no le llamara, cualquiera que fuera la persona que lo buscara, porque estaba ocupado en un asunto delicado de su ministerio que lo fastidiaba mucho. Agregó que temía, si salía, que le sucediera algún accidente. Notemos que se lo atisbaba todas las tardes en la calle Saint-Savin. Como no se podía poner las manos sobre él, se resolvió sacrificarlo empleando su celo para hacerlo caer en el lazo. Un hombre disfrazado llega y llama a la puerta. Antes de abrir, se le pregunta a quién busca. Responde que busca al *Señor Marche-à-Terre*, para su mujer que está muy mal. Después de alguna trepidación, la señorita Lussa le abre. Le pregunta su nombre: una voz insegura, un nombre de mujer supuesto, todo delata un estafador. Insiste, diciendo que su mujer está muy mal. Añade el lugar de la habitación de varios sacerdotes para darle confianza. Le nombra a su mujer. Le dice la señorita Lussa, que vaya a la farmacia en busca de medicinas, y que entre tanto se tomará informaciones. Va a hablar con el P. José María, que le dice que conoce a esa mujer. Durante ese intervalo llega otra persona. Era pariente de la mujer que se suponía enferma, y dice que está sana. Se supo más tarde que había cuatro escondidos, y que uno de ellos dijo que todas esas "devotas" eran más mentirosas que las demás y que no querían decir dónde vivían los sacerdotes. [Hacia 1797]

**35)** El P. José María nació de Abraham Coudrin. Su padre era muy piadoso, y desde hace muchos años este padre virtuoso dice todos los días los siete salmos de la penitencia para pedir a Dios la gracia de que sus hijos no cometan un pecado mortal durante la jorna-

---

<sup>14</sup> Casa frente a la Catedral de S. Pedro. Lussa de la Garélie. La futura Sor Clara, fallecida en Mende 21.XII.1803.



da. Pasaría cuatro o cinco horas ante el Santísimo Sacramento. Desde su infancia el joven Pedro Coudrin tuvo una gran inclinación a la predicación. Trabajaba, estudiaba todo el día, y en la tarde explicaba a su familia las cosas santas de manera que su hermana decía a la señorita Lussa: *desde ese tiempo valía por un predicador*.

**36)** Se educó donde el Señor *Riom*, su tío, hermano de su madre. Este vicario respetable había sido nombrado para un vicariato en que nadie podía permanecer antes que él, porque el cura, poco ordenado en su conducta, no era soportable. El Señor *Riom* permaneció sin embargo, y cuando se le ofreció una parroquia, la rechazó, por consejo del Señor *d'Aviaud* entonces Vicario General de Poitiers, y al presente Arzobispo de Vienne. Murió durante la Revolución en los barcos, en la privación de todo, comido por los gusanos.

**37)** Tal fue el guía de los primeros años del joven Coudrin. Tuvo por confesor al cura de Saint-Pierre-de-Maillé<sup>15</sup>. Vio también a diario al vicario de este santo pastor. Este vicario era un joven muy liviano. Se lo envió donde el Señor *Fournet* para equilibrar su ligereza con la severidad de este último. El Señor *Fournet* lo dejó por un tiempo darse a la música, pero poco a poco le hizo hacer el sacrificio de todos sus instrumentos de música. Pronto llegó a dormir en una tarima, a hacer más mortificaciones que el mismo Señor *Fournet*. Un día, durante los mayores fríos, lo llamaron para que llevara el santo Viático a una mujer enferma. Va, llevando el Santísimo en la mano, y el frío era tan grande, que su mano se heló, y hubo que deshelarla poco a poco en una estufilla a las brasas. Encontró a la enferma mucho mejor y en pie. Quiso con todo confesarla. En seguida, le dijo que se echara a la cama y recibiera la extrema unción y el santo Viático. Ella se oponía haciéndole ver que se sentía bien, y que había comido algo. Insistió, diciéndole que no sabía lo que podía suceder. En efecto, apenas la administró, y mientras plegaba los ornamentos sagrados, expiró. [1792 - 24 años: 24/1768]

**38)** Cuando estuvo a punto de expirar, estaba extremadamente enflaquecido, e hizo venir a los borrachos de la parroquia y otros de esa especie y les dijo: *veamos, hermanos, lo que es la muerte de un pecador.*"

**39)** Tales fueron aquellos entre quienes el P. José María fue educado. Fue en seguida a Poitiers donde estuvo en diversas pensiones, y lo que es para él un elogio, era de la sociedad del *Focum*.

**40)** Fue en 1792 cuando el P. José María fue ordenado sacerdote. Fue para eso a París. En el camino encontró toda clase de recursos: caballos para su viaje, personas pudientes para financiarlo, y no le costó nada. Fue ordenado por el ilustre obispo de Clermont, en el Seminario de los Irlandeses, en la biblioteca. Se los había encerrado allí mientras se hacía la inspección abajo, de manera que tenían que hablar a media voz. La impresión que la consagración de sus manos hizo sobre él fue sorprendente. El día en que fue ordenado sacerdote había sido el más feliz de su vida hasta el día de Navidad de 1800, que ha sido, como lo he recogido de sus labios, un día todavía más bello que aquel.

**41)** Una vez que fue ordenado, volvió donde su padre. El cura del lugar se puso tan contento de ver un joven sacerdote ordenado por un obispo católico, que le hizo decir la Misa públicamente. Al salir de la Misa, la municipalidad, furiosa, vino a preguntarle quién lo había consagrado. Él respondió que si se tenía confianza en el Señor Cura, se debía creer que era sacerdote; que, por otro lado, él no estaba obligado a decir su secreto. Entonces, aquellos patriotas fogosos, vinieron armados de palos, de picas, para buscarlo donde su padre y romperlo todo si no se los entregaba. El padre, Abraham, tenía otros hijos, que no podía sacrificar por uno solo. Su hijo se vio obligado a salir de la casa paterna e ir al granero

---

<sup>15</sup> S. Andrés Fournet

de que he hablado, sin poder salir de él, ni para comer, ni para satisfacer las necesidades naturales.

42) Vuelto a la ciudad, después de haber sido salvado por el gendarme de que he hablado, se quedó en Los Incurables<sup>16</sup>. Salió después para trabajar en los campos, como lo hemos dicho.

43) Como era en lo mejor de la persecución, no iba sino de noche y disfrazado. Vivía a dos o tres leguas de Poitiers, en el lugar de Mont-Moreau<sup>17</sup>. No iba sino a las ocho de la tarde a Montbernage. La primera vez que fue, dijo la Misa a media noche en presencia de un gran número de campesinos. Cuando llegó a la elevación, escuchó a toda la gente exclamar simultáneamente: *¡Dios mío, qué tiempo hacía que no te veíamos!* Venía a las ocho, confesaba, decía la Misa, y se iba a la una de la mañana, cualquiera que fuera el tiempo, porque tenía que llegar a las tres, sobre todo porque se veía forzado a pasar por una granja cuyos arrendatarios venían pasadas las tres a cuidar sus animales, y los arrendatarios eran patriotas. El marido de la Guste lo acompañaba.

44) Una de esas noches, el padre José María, yendo acompañado, y volviendo por \*\*\* se perdieron en el bosque, porque estaba muy oscuro. Notemos que el P. José María llevaba siempre consigo el Santísimo Sacramento. No sabiendo qué camino tomar, una vez que estaban muy perplejos, vieron aparecer una luz bastante considerable. Aquel hombre le dijo: *ve Ud. Señor esa luz? Sí, sí*, decía él, *sí, amigo mío*. La luz caminaba delante de ellos: la siguieron, y no desapareció hasta que llegaron a la puerta de su casa. El P. José María recomendó a ese hombre que no hablara del asunto, diciéndole: *Amigo mío, es Ud. sencillo y crédulo. No hable de esto. Podría ser un fósforo*.

45) Fue de vuelta del campo cuando llegó donde la Señorita Chevalier. Pero no se quedaba allí sino los Domingos. El resto del tiempo, lo pasaba con frecuencia en diferentes casas, como donde la señorita Goffreau, donde la señorita de Paligny, etc. Fue poco tiempo después que la señorita Bert y Chevalier, que habían vivido donde la señora Babinet, vinieron a vivir a Oléron con Sor Teresa, que viviendo con sus hermanas en la casa contigua, pasaba por la puerta del jardín y se quedaba la mayor parte del tiempo con las otras. Sor Teresa<sup>18</sup> se había entregado un poco a la frivolidad, y un día que iba a un concierto, el Señor Fauvette le dijo: *Haría mucho mejor, señorita, en nacer un poco de penitencia*. La confesó, y luego después la puso en manos del P. José María diciéndole: *Querido amigo, aquí tiene un corazón que he puesto en buenas disposiciones, perfecciónelo*.

46) Allí fue donde comenzó a fundar la sociedad exterior del Sagrado Corazón. Casi todas las noches, sobre todo las grandes fiestas, había mucha gente. Se reunió gran número de sacerdotes que formaron la Grande Sociedad. Se encontraron un día en número de seis: el señor Bruneval, los señores Aglaë, Fauvette, Henri, Louis, y el P. José María. Otros se les unieron más tarde, como Perpetue, los señores de la Fère, Ricner, sacerdote extranjero, Pascal<sup>19</sup>, Pruel, Michel. Los que se encontraron el primer día, tuvieron una deliberación sobre el bien de esta sociedad naciente. [1793 a 1794]

47) Lleno de un ardiente celo, el P. José María dio allí un retiro al que asistió mucha gente. Recibió también allí la retractación de una señora protestante, lo que atrajo a muchos fieles en la noche de Navidad. Había ido a decir las dos primeras Misas en dos casas diferentes, y una de ellas en la calle sin salida de Saint-Didier, donde la señora de la Ronde, y

---

<sup>16</sup> Hospital de enfermos crónicos de Poitiers, hoy "Pasteur", confiado a las Hijas de la Sabiduría

<sup>17</sup> Vaumorêt, granja en el camino entre Anxaumont y Montamisé, al oriente de Poitiers

<sup>18</sup> Sor Teresa de la Garélie, hermana de Lussa y de Rochette, fallecida el 23.IV.1801 en Poitiers, a los 35 años de edad

<sup>19</sup> Henri: abbé Arnaudeau (?); Louis: abbé Murat; Pascal: abbé Perrin (?).

la primera donde el señor de la Barre. Pasando hacia los Jacobinos, acompañado por Charles hijo, el contratista, oyeron pasos de muchas personas que venían de la dirección a donde se encaminaban, y otros que avanzaban por el lado opuesto. *Ah! mi querido Charles* <sup>20</sup>, dijo el Padre, que pensó que eran patrullas, *estamos perdidos, Señor*, le dijo este hombre lleno de fe, *cualquier dirección que tomemos, corremos el mismo riesgo, vamos bajo la protección de Dios*. Sucedió que se trataba de personas que iban a Misa. Volvió a decir la tercera Misa a los Olérons, donde recibió esa retractación.

**48)** Más de una vez fue a visitar enfermos en pleno día, mientras aquellas señoras permanecían en oración esperándolo, sobrecogidas de espanto. En aquellas ocasiones era cuando se echaba a la suerte el que lo acompañaba. [En los Olérons 1793]

**49)** Fue después de los Olérons cuando fueron a la calle Moulin-à-Vent [hacia 1795], de donde salieron para trasladarse a Saint-Pierre, desde Nuestra Señora de Marzo hasta San Miguel del mismo año en que se establecieron en la Grand'Maison. [1797 hacia el fin]

**50)** Cuando pasaba un día entero en Olérons, la oración que por lo demás era su ocupación favorita, le tomaba la mayor parte de su día. No tenía tiempo de descanso fuera de las comidas. Y todavía, sus conversaciones durante ese breve espacio de tiempo eran una especie de sermones. El resto se repartía entre la oración, la confesión, la visita de los enfermos. Sus predicaciones eran llenas de fuego. Hacía sermones sobre la oración, sobre la pasión que eran objeto de admiración. Hizo en particular dos, uno sobre el fin de una religiosa perfecta, otro sobre el fin de una religiosa imperfecta, que conmovían los corazones.

**51)** [en 1800] La señorita Rochette <sup>21</sup> se encontraba extenuada por una sordera tal que no se lograba hacerla escuchar sino con gran dificultad, y se pensaba que no recuperaría el oído. Hizo una novena a los santos Ángeles, principalmente a S. Miguel el día de su fiesta. El noveno día, el P. José María, al partir para visitar a los enfermos, ella le pidió que la confesara. Se puso en la disposición de soportar el sacrificio de todas las medicinas que tuviera que tomar, por penosas que fueran, y de su misma sordera, si Dios así lo quería. Entre otras cosas, ella le dijo que si él quería la curaría. Él rechazó totalmente esta observación. Cuando hubo terminado, ella le pidió que le dijera un evangelio. Se lo dijo, y no tuvo tiempo sino para bajar a la sala: sintió la cabeza confusa, como alguien que se va a desvanecer, y de pronto oyó claramente, tanto, que a veces sentía que le hablaban demasiado alto, lo que duró seis meses, hasta la muerte de Sor Teresa, que le impresionó tanto, que le ocasionó una segunda sordera que fue de nuevo curada.

**52)** En cuanto a su carácter, está muy avanzado en la práctica de la mortificación interior. Las personas que lo han conocido particularmente, hacen notar que abraza con gozo interior las cosas que más le apenan. Las ocupaciones que más lo cansaban, que lo contrariaban más, eran siempre las privilegiadas, y cuando las dejaba, sentía esa calma interior, anunciaba exteriormente aquella paz mansa y tranquila que caracterizan la virtud. *Lleva consigo la paz de Dios*, decía Sor Teresa.

**53)** Qué decir de su paciencia para soportar los más humillantes reproches, las más afrentosas injurias. Yo mismo lo he acompañado a una casa de donde se lo había llamado para asuntos urgentes. Se le hizo una exposición menuda de todos los vicios, de todos los crímenes abominables que se le imputaba, y la persona que lo hacía obraba por un motivo de caridad. *Qué quiere Ud.*, le dijo el P. José María, *que diga un sacerdote a semejantes imputaciones? No puede sino callarse*. Me dijo a la vuelta: *Hubiera aceptado la colación*

---

<sup>20</sup> Abbé Monrousseau, Cura de N.D.

<sup>21</sup> Rochette de la Garélie, hermana donada.

*que me han ofrecido, era un día de ayuno, pero he querido estar presente a la Salve, para hacer un sacrificio a la Santísima Virgen de todo lo que me han dicho.* [Fines de 1800, o comienzos de 1801]

**54)** Es tan estimado por todas las personas que lo conocen, que su padre, su madre y toda su familia se dirigen a él para el sacramento de la penitencia, y vienen desde veinte leguas personas a confesarse con él. Ha recibido la retractación de muchos eclesiásticos, que habían, lamentablemente caído en el error, y sacerdotes respetables citaban incluso como un modelo la conducta que seguía frente a esos ministros infieles de la Iglesia.

**55)** Qué decir de su profunda humildad? Se lo reprendió tanto sobre su manera de predicar llena de efusión que se la ha hecho perder en parte. Se ha convencido de que tenían razón, y como S. Bernardo, había casi resuelto dejar enteramente sus predicaciones. Felizmente, como él, las ha renovado para bien de los fieles, y sobre todo de sus hijos que lo escuchan.

**56)** Ese amor de Dios, esa paciencia, esa mansedumbre angélica, las tiene de sus antepasados. Se puede citar un rasgo bien admirable de la virtud de su abuelo, que tenía también una gran piedad. Gente mala le había suscitado un proceso injusto, y lo ganó. Llegaron a tal extremo de atrocidad, que lo hicieron detener. A la vuelta, un gran número de hombres lo tiraron con tal fuerza de los cuatro miembros, que se los descuartizaron y desgarraron tanto, que no se restableció nunca, y quedó por veinte años inválido, caminando con muletas, Sabía perfectamente quienes eran los autores de ese trato horrible. Sin embargo, se los perdonó enteramente, y no conservó ni las apariencias de un rencor, respondiendo a los que lo incitaban a formalizar quejas en justicia: "Amigos míos, en el juicio de Dios reirá mejor quien ría el último."

**57)** Heredero de sus virtudes, el joven Coudrin tradujo en toda su conducta los ejemplos que había recibido de sus padres. Desde su juventud, tenía gusto por la música. Se había conseguido un violín y otro instrumento de música, pero cuando quiso entrar al Seminario, comprendió que tenía que dejar enteramente todas esas diversiones inútiles, y lo sacrificó todo. Se puede juzgar el tamaño del sacrificio que hacía entonces, porque hasta ahora, cuando siente tocar un instrumento, experimenta las más vivas impresiones y su corazón sangra involuntariamente, como me lo decía él mismo, por el sacrificio que hizo en otro tiempo.

**58)** Durante la Revolución, toda su familia tuvo mucho que sufrir, a causa de su adhesión a la verdadera religión, a la Iglesia Católica. En cuanto a él, no hay necesidad de decir lo que tuvo que soportar. Pero tenía un gran placer.

**59)** "Cuando fui echado de casa de mi padre, nos decía una vez, me sentí extraordinariamente contento de verme en ese estado de absoluto despojo. Me sentía lleno de gozo de tener que sufrir por el nombre de Jesús."

**60)** "En mi granero, estaba yo instalado en tal manera, que no podía ponerme de pie. Bajaba a veces por una especie de trampa, al despacho de Maumain<sup>22</sup> (era el nombre de la persona en cuya casa estaba escondido) donde yo disponía, a lo más, de tres pies de ancho para pasearme. La falta de ejercicio me había fatigado en extremo. Lo que comía, estaba casi siempre frío, por la dificultad de llevármelo a mi escondite, lo que molestaba más todavía la respiración. Me había puesto seco, flaco, al punto que la piel estaba pegada a los huesos, y mi cuerpo despendía tal olor, que me envenenaba a mí mismo. A pesar de todo, durante los cinco meses que permanecí allí, no me aburrí un solo instante. Todos los días la

---

<sup>22</sup> HL. escribe "Momain", pero el apellido correcto es "Maumin" como puede verse en P. Médard Jaques, "Lettres et Ecrits du T.R.P. Marie-Joseph Coudrin, 1, correspondences avec sa famille." Roma 1976

Misa a media noche, y aunque tenía gran cuidado de purificar el corporal, creía siempre haber dejado algunas partículas de las Santas Especies, y tener así al buen Dios conmigo. Una vez que decía mi Misa, subía a mi granero, donde pasaba todo mi día leyendo la historia eclesiástica y haciendo oración. Sólo cuando Momain volvía, pasaba yo algún tiempo con él. Me decía a menudo que todo iba a volver, que el Señor de Bouillé<sup>23</sup> debía reducirlo todo a cenizas. Porque Momain era extraordinariamente aristócrata. Pero yo le decía que se desengañara; que todo no terminaría tan pronto\*. Mi querido amigo, le agregaba, no tiene que engañarse. Lo único que se puede hacer en este momento, es entregarse a Dios. Tiene Ud. que confesarse. Confesé primero a la pobre Renne\*\* y después a él. Eran las primeras personas que confesaba después de mi ordenación, salvo una sola que confesé en Poitiers, cuando vine para recibir la aprobación de los superiores.

**61)** "Estuve así encerrado cinco meses enteros, sin poder salir, sin poder confesarme. Pero el Señor me había hecho la gracia de no experimentar ninguna inquietud, y gozaba de una grande paz de conciencia. Es cosa cierta que Dios concede grandes gracias en esos momentos." (en seguida p. 24, n. 70).

**62)** "Allí fue donde un día, vuelto a mi granero, después de haber dicho la Misa, me arrodillé junto al corporal en que yo creía tener siempre el Santísimo Sacramento. Vi entonces lo que somos ahora. Me pareció que estábamos varios reunidos a una: que formábamos un grupo de misioneros que debían esparcir el Evangelio de todas partes. Mientras pensaba pues en esta sociedad de misioneros, me vino también la idea de una sociedad de mujeres, pero no la de una comunidad como la que existe, porque yo no había visto jamás religiosas. Yo me decía: no tendremos dinero ni entradas; seremos devorados por los piojos, y en cuanto puedo acordarme, porque no lo aseguraría, por miedo de mentir, yo me decía además: habrá una sociedad de mujeres piadosas que cuidarán de nuestros asuntos mientras nosotros vayamos en misión.

**63)** "Este deseo de formar una sociedad que llevara la fe por todas partes, no me ha dejado nunca. Quise comenzar con Henri. Me abandonó. Formé con esa intención a los señores de Prin. Una vez que estuvieron instruidos, me han abandonado."

**64)** "Cuando salí, por fin, de donde Momain, me prosterné al pie de una encina que había no lejos de la casa, y entregué mi vida. Porque me había hecho sacerdote con la intención de sufrirlo todo, de sacrificarme por Dios y morir si fuera necesario por su servicio. Sin embargo, tenía siempre un cierto presentimiento de que me salvaría, y algunas veces que Momain me decía: pero cómo hará Ud. para escapar. Vamos, le decía yo, Dios me guardará bien."

**65)** "En el ejercicio de mi ministerio, me vi encargado de dirigir cuarenta sacerdotes, de hacer retractarse otros tantos, de dirigir más de novecientas personas, sin medios de estudiar, y sin embargo casi nunca me ha sucedido de apartarme de los principios. Iba de vez en cuando a consultar al Señor de Bruneval, y hablándole de las decisiones que había tomado, le preguntaba si había decidido bien. Sí, me respondía, esos son los principios, va-

---

<sup>23</sup> Bouillé, jefe leal a la Monarquía, que había pasado la frontera hacia Alemania.

\* En efecto, le repetía a menudo que no había cisma que durara menos de diez años: y Momain le decía un día delante de nosotros: "He repetido después a muchas personas lo que Ud. me había predicho a este propósito."

\*\* Esta niña era la que he dicho que estaba presente en el milagro de la curación de la mano de la señorita Marsault. Era muy buena cristiana, y había educado a la señorita de Viart, hoy día sor Francisca, en grandes sentimientos de piedad. "Esta niña, decía, me ha impedido muchas veces cometer faltas." Estuvo un tiempo donde la señorita Mussa. Después se casó con un hombre del campo, y murió hacia 1800. Pertenece a la Sociedad del Sagrado Corazón.

ya adelante, y siga con confianza el Espíritu de Dios que lo dirigirá" [1793 a 1795]

**66)** Las personas que han conocido en aquellos tiempos al P. José María, dicen todos de común acuerdo que era asombroso el trabajo que hacía. Abrasado en el fuego de la caridad, la comunicaba a los demás. No se podía verlo, escucharlo, sin quedar conmovido, sin ser quebrantado. El peligro de muerte que amenazaba de continuo, sacudía las conciencias y disponía de antemano. Además, hacía hacer, en muy poco tiempo, confesiones generales, sin omitir, a pesar de eso, nada esencial.

**67)** He hablado (pag. 16) de la aparición de la luz, tal como me la había contado la señorita Lussa, que no se acordaba del nombre de la persona que acompañaba al P. José María. Hela aquí ahora tal como ha sido referida por él mismo.

"Durante lo peor del Terror, en tiempos en que la guillotina funcionaba, vivía yo en Mont-Moreau, a dos leguas de Montbernage, donde venía con frecuencia durante la noche a decir la Misa y confesar. Confesaba una parte de la noche. A menudo, las personas estaban todas en la misma habitación, porque se estaba forzado a ello. En seguida decía la Misa, predicaba. Salía a las dos o a las tres, cubierto de sudor, empapado y volvía a mi albergue, llevando en un morral mis ornamentos, mi cáliz, mi corporal, y teniendo conmigo el Santísimo Sacramento. Después de haber dado la bendición al pueblo. Más de una vez llovía a cántaros. Con todo, no me resfriaba y estaba muy feliz."

**67 bis)** "Fue en una de esas noches cuando vi un fósforo. Me acompañaba Esteban Puisaye que se había consagrado a esta buena obra. Tenía el Santísimo Sacramento conmigo. Tuve en el camino urgentes necesidades, y no atreviéndome a conservar el Santísimo Sacramento, lo que a pesar de todo debiera haber hecho; pero al fin puse sobre una piedra un sucio pañuelo que tenía, encima coloqué el breviario. Deposité el Santísimo diciendo a aquel hombre que se pusiera de rodillas y que rogara a Dios. Se arrodilló pues en el agua, porque llovía a cántaros, y me retiré a un lado; en el mismo momento apareció una pequeña luz brillante que rodeó al Santísimo Sacramento. Tuve miedo. Dije a ese hombre: *la ve Ud.?* Sí, me respondió: *la veo.* Y como tenía mucha más fe que yo, me dijo: *Señor, tenga confianza, es su buen ángel.* La vimos así ambos dos. Tomé de nuevo al Señor, y nos retiramos." [1793]

**68)** "Otra vez que nos dirigíamos, siempre los dos, vi, lo mismo que él, como a través de los bosques, una luz no mayor que una vela que venía horizontalmente delante de nosotros con pasmosa rapidez, de manera que parecía dar mil pasos, mientras nosotros no dábamos más que dos, y arrojarse sobre nosotros al instante. Cuando se encontraba detrás de alguna encina, los rayos se volvían divergentes; pero en el instante mismo la encina ya había pasado y la luz reaparecía en la misma posición. Sin embargo, aunque pareciera caminar tan velozmente, no avanzaba en forma que pudiera yo temer que se arrojara sobre mí. Con todo tenía yo un miedo enorme. Creí que sería tal vez algún patriota que venía con rapidez para buscar sacerdotes, para hacer mal. Estaba tan espantado que no podía caminar. Aquel hombre siempre lleno de confianza, me dijo que era nuestro buen Ángel, que sí quería, él se quedaría para ver en qué paraba. Le respondí que no, que no había que exponerse. Al fin llegamos a la puerta de la casa. Llamé con prisa, y apenas abrieron entré con él y cerré la puerta rápidamente. Había dos sacerdotes allí, y se los conté. Salimos y no vimos más nada. Era un mila gro o no, no lo sé. Sospechaba que aquello podía ser alguna luz venida de una casa que estuviera en el bosque."

**69)** El P. José María había vivido, al principio, algún tiempo en Montbernage mismo. Cuando le echaron de allí, se retiró a Mont-Moreau, donde había varios sacerdotes. Se los retiraba durante la noche en dos casas que pensaban muy bien. Tenía muy malas camas, forzados a dormir dos o tres en una misma cama estrecha, y como se temía las visitas, se los mandaba a los bosques por la mañana, dándoles un pedazo de pan de cebada integral.

Porque era el tiempo de las cosechas, y costaba mucho conseguir el pan. Otra cosa, no había sino queso, y por bebida un mal aguapié, y no en la cantidad necesaria. Como los otros sacerdotes no querían que se dijese allí la Misa por miedo de ser sorprendidos, y querían que hasta se tuviera el breviario siempre oculto en algún escondrijo, el P. José María, que no había querido dar su consentimiento en esta última precaución, se fue un martes de Pascua en 1793. *Cómo, Señor, decía, voy a ser sacerdote y no decir la Misa.*

Una vez los gendarmes vinieron a hacer la visita, y pasaron por un prado mientras él estaba escondido en la zanja de ese mismo prado, entre las espinas, con otro de sesenta y más años, y no los prendieron. [1792 a 1793]

**70)** Hablando de lo que había sufrido por pasar cinco meses sin poder confesarse en su granero, nos decía: "Es cierto que en ese tiempo no se cometía muchas faltas voluntarias. Las pocas faltas que se cometía, el amor de Dios las quemaba. Si había alguna de un poco mayor importancia, se gemía ante Dios, y se movía lo mejor que podía a la contrición perfecta, se decía la Misa, y no se pensaba más en ello. No tenía entonces más necesidad de confesarme después de los cinco meses, que la que tengo ahora después de ocho días."

**71)** Un día, estando en los Incurables, vio a una de las sobrinas de Sor Ave. Aquella respetable hija de la Sabiduría, la había hecho venir para prepararla a abrazar el mismo estado, pero la joven no sentía para ello ningún atractivo. Como ella se lo contara al P. José María, él le dijo: *Señorita, le aseguro que Ud. será hija de la Sabiduría. Sépase: voy a pedir a Dios y a decir por esto una Avemaría en la capilla.* Todavía no había terminado de hablar, cuando ella súbitamente cambiada, va en busca de su tía, y le dice que quiere absolutamente seguir el mismo género de vida. En efecto, ha perseverado y ha ido a Saint Laurent para hacer su profesión, y ha vuelto para perfeccionarse bajo las miradas de su tía en los conocimientos que le son necesarios para cuidar a los enfermos. [1800]

**72)** No hablaré de sus mortificaciones exteriores. ¿Qué decir de la cadena, del cilicio: instrumentos de penitencia que ha usado esta víctima, diría casi inocente? Pero la mortificación interior le gusta mucho más. Siente todo el precio de ella, y he aquí por qué su gran cuidado en la conducción de las almas consiste en disponerlas interiormente a los sacrificios, y a la abnegación de todo su ser.

**73)** Durante lo peor del Terror, iba, como he dicho (p. 16) a diversas casas. Predicaba mañana y tarde. Venía mucha gente. Después de haber pasado así el día en una casa predicando y confesando, partía en la tarde, y se iba a otra para hacer la misma cosa. [1793-1794]

**74)** Celador del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, padre y Superior General de esta Orden naciente, siente todo el valor del estado que ha abrazado. "Sí, - nos decía un día hablando de la felicidad que experimentaba en él -, sí, si el Señor mismo me dijera: podrás salvarte igualmente en tal otro estado donde no tendrás que sufrir, donde serás feliz, estimado y al mismo tiempo conseguirás tu salvación: te lo propongo. Yo le diría: Señor, déjame en mi estado, me hace feliz: es todo para mí. Y con seguridad, si el Soberano Pontífice me dijera: no hay más que un solo lugar en que pueda Ud. cumplir con sus obligaciones, y ese lugar está en la Cochín-China, partiría inmediatamente hacia allá." [1801]

**75)** ¡Cómo pintar su sencillez admirable! Un día que alguien le hablaba de su propia conciencia, y de los malos pensamientos que la venían de vez en cuando a propósito de ciertas personas, el P. José María le dijo con bondad, y para alentarle a espantar todas esas ideas: "Yo no juzgo nunca a nadie. No me sucede tres veces al año el hacer un juicio temerario Ni tengo mucho que combatir a este propósito. Dios me ha concedido en esto una grande gracia." [1801]

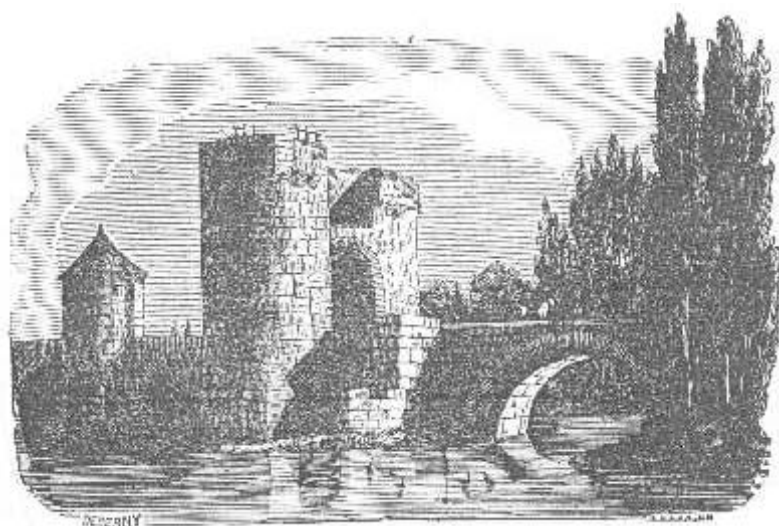
76) Otra grande cualidad del P. José María, es su grande devoción a la buena Virgen María. Ella lo devora. Por eso cuando habla de María, su corazón parece estremecerse de alegría. Transmite a los demás ese sentimiento que lo anima. Además, se puede decir con razón que es el *hijo queridísimo del Corazón* de esta Santa Madre.

77) Sería necesario ser casi él mismo, para expresar el ardor de su caridad. Su corazón arde en amor por el Buen Dios, y por su prójimo. "Un sacerdote encargado de un ministerio como el mío, puede estar sin aflicción", decía un día que uno de nosotros le decía su pena porque parecía afligido. He aquí por qué ha operado tantas conversiones. Los suspiros del alma pura de un hijo de María, tienen tanto poder sobre al Corazón de Dios.

78) El Señor Hallier<sup>24</sup>, Superior del Seminario tenía gran cariño por el P. José María. Quiso hasta obtenerle una dispensa para que fuera ordenado sacerdote a los veintidós años. Agreguemos que el Señor Hallier fue un sacerdote respetable por sus virtudes, por sus talentos superiores y que se hizo más venerable todavía por su martirio. Fue guillotinado en Niort. Un día al salir del oficio, hablando de ese pasaje de Tobías que la Iglesia aplica a S. Hilario: quia acceptus eras Deo necesse fuit ut tentatio probaret te, [Tob. XII, 13], dijo al hermano Policarpo: "Ha notado Ud. que cuando se hace algo de bueno, hay siempre penas al final. O el mundo nos devora, o tenemos penas interiores, o somos perseguidos. En cuanto a mí, nunca he hecho algo de un poco bueno, o de menos malo, sin que de ordinario no lo haya experimentado." [15 ó 16 de Enero de 1802]

Una religiosa, impresionada por un sermón que predicó siendo subdiácono, donde el Señor Fournet, vino a él mucho tiempo después con la buena voluntad de convertirse.

[Fin del Original]



Puente Joubert, Poitiers, hacia 1800

---

<sup>24</sup> Luis Hayer, lazarista, Director Espiritual en el Seminario hasta la Revolución.



## D. AL SERVICIO DE DIOS Y DEL HOMBRE

Bajo este título, Juan Vicente desarrolla la segunda parte de su obra, en que acoge “algo del espíritu que animó más inmediatamente la actividad de servicio, dejando lo principal [la vida y la vida de fe de la comunidad, 3ª y 4ª partes] para su lugar propio”.

La razón que nos ha movido para introducir aquí el primero de los seis amplios párrafos de que consta (pgs. 121-263), es una convicción personal de que en él nos hallamos ante los fundamentales pilares que sostienen la estructura espiritual de la Congregación. Y por otro lado, como lo afirma con claridad, dos veces al menos, Juan Vicente (pgs. 37 y 41) son la consecuencia experimental en el corazón del Fundador de lo que fue la trilogía vital del comienzo de su vida pastoral: su ordenación sacerdotal, el retiro de la Motte d'Usseau y el inmediato trabajo en la clandestinidad, del que hemos podido gozar por el texto del P. Hilarión.

Esto bastaría para dar por terminada esta introducción. Pero que se nos permita alguna observación. Primera la del párrafo último de la breve introducción de Juan Vicente a este tema del *servicio*: “Hay una falta de pretensiones académicas de la Comunidad, que nunca se cuidó de elaborar una espiritualidad doctrinalmente muy construida, y por lo mismo un vocabulario demasiado riguroso y conceptualmente muy afinado. Su espíritu está hecho de una serie de opciones evangélicas, vitalmente muy coherentes y definidas, pero cuya expresión teológica se dejó para otros tiempos”. Esas opciones evangélicas es las que creemos encontrar en este texto que ofrecemos.

En segundo lugar, agradecemos cómo asume Juan Vicente, en un punto vital doctrinal, lo que antes ha afirmado. Ante la dificultad de aceptar nociones de fáciles consecuencias desviadas en la práctica, como son sacrificio expiatorio, espíritu victimal..., él ha optado por el recurso al “*Siervo de Dios*” de Isaías en los Cantos tercero (sufrimiento y confianza) y cuarto (pasión y gloria), cc. 50 y 52,13-53,12. Verlos en este escrito pg. 36 (tema del celo) y 39 (tema del coraje). Este que no es sólo recurso de lenguaje, forma parte central de su exposición sobre la espiritualidad de la Congregación y lo ha aplicado así mismo al P. Damián.

Tiene además este tema una repercusión histórica no despreciable, si pensamos por ejemplo en las incomprensiones, es verdad que con algún fundamento, cuando se habla de los casos sangrantes de la primitiva Comunidad, sobretudo los referentes al a) estilo de vida en exceso austero y b) a la enfermedad y numerosas muertes de personas sobretudo jóvenes (47 religiosos y 380 religiosas durante su vida). La lectura de algunos textos del Buen Padre, que se aportan, sosiegan un tanto la mente y el corazón, e ilumina nuestro compromiso de “*vivir y morir al servicio de los Sagrados Corazones*”

# I. EL CELO DEL P. COUDRIN Y DE SUS DISCIPULOS

P. Juan Vicente González, ss.cc. op. cit. pgs 121-133

## 1. El Celo y su importancia

En la súplica que el Fundador dirigió a los Vicarios de Poitiers, en Mayo de 1801, para solicitar la aprobación diocesana de su Congregación, comienza con estas palabras:

*Señores: Conociendo vuestro celo por el crecimiento del Reino de Dios y vuestro ardiente deseo de verlo establecerse en todos los corazones, nos atrevemos a suplicaros que concedáis vuestra aprobación a la reunión y género de vida de varios sacerdotes y laicos que forman una sociedad bajo el nombre de Celadores del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María... Ann. 1963, p. 184*

Es interesante descubrir en este texto del P. Coudrin, la convicción de que el celo es una exigencia de la misma profesión cristiana, y de que su primera manifestación ha de ser la de llevar una vida cristiana auténtica. Es lo que dice en su sermón "sobre la fe", bastante anterior a 1800:

*Pero no basta con conocer y gustar este gozo (de estar, a pesar de los impíos, en el seno de la fe); hemos con traído con ella, como sabéis, compromisos, que consisten,: en cuatro diferentes homenajes que la fe exige de nosotros: homenaje de sumisión, que nos la haga escuchar con docilidad; homenaje de afecto, que nos la haga amar con ternura; homenaje de acción, que nos la haga amar y honrar por nuestras obras... ¿Con qué señales (podríamos dar testimonio de la fe) mis queridos amigos? Con nuestro celo en defender sus intereses; un cristiano reconciliado, podría faltar de celo por la fe? Creemos tenerlo, pero, lo tenemos en realidad? Juzguémonos a nosotros mismos. Ah! Señor, somos fieles y cristianos de nombre; lo somos en nuestras costumbres? Nuestra fe tiene mandamientos, tiene leyes, tiene prácticas... Aquí está el celo: podemos lisonjearnos de estar animados por él? Nuestra fe tiene sus intereses, los tomamos a pecho? ...Nuestra fe tiene enemigos que temer, persecuciones que soportar, combates que sostener; lo sabemos: qué sentimientos nos asaltan? El celo de la Casa de Dios, devore acaso nuestro corazón, como el del Profeta? PAC. 751*

Coherente con esta manera de pensar, es toda su conducta durante el Terror y la persecución del Directorio, en que las circunstancias no hacen más que subrayar el ardor y la totalidad de su entrega al servicio de la causa de Dios y de la Comunidad Cristiana de Poitiers

Podemos suponer la convicción personal con que acogió y anotó, el 22 de Diciembre de 1800, una comunicación de la M. Aymer:

*Tendremos el nombre de Celadores, designado por la Santísima Virgen. Dos días después pronunciaba sus primeros votos: Yo, hermano José María, hago voto de castidad, pobreza y obediencia, siguiendo las luces del Espíritu Santo para el bien de la Obra como celador del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, al servicio de los cuales quiero vivir y morir, En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén. BP. 2320, 2281*

El "celo", era cosa tan importante a los ojos del Fundador para su Comunidad, que merecía entrar en su nombre, y en la fórmula misma de los votos. Bajo ese nombre la Comunidad vivió los 17 años de existencia como "Congregación Diocesana". El P Coudrin, en su "memoria" dirigida a Roma con fecha 6 de Diciembre de 1816 insistirá en el valor que el nombre de "Celadores" tiene para la Comunidad, Sabemos que no alcanzó a llegar a tiempo para ser tomado en consideración, pero nos quedó en ella un documento de su manera de

ver a este propósito. Trataremos de resumir su contenido.

Para él, el celo, que se suele definir en los diccionarios como “un vivo ardor en el servicio de Dios”, sinónimo de diligencia, de solicitud, de entrega (*dévouement*), es una “llama divina”, que pone al religioso al servicio de la causa de Dios y de Cristo, en el servicio de los hombres. Será el resorte e impulso que conducirá a los miembros de su comunidad a la consecución del fin que ella se propone, Es como si manifestara el secreto de la eficacia de su servicio. Se trata de hacer reinar el Amor, y para eso el celo es una garantía de estar bajo su poder, de trabajar bajo su influencia.

El Fundador piensa que la inclusión de la palabra en el título mismo de su Comunidad, podrá servir de acicate que despierte “todos los días” y a todos los miembros, del sueño con que los amenaza el egoísmo que acecha a todo ser humano en este mundo.

*Necesitamos un nombre que recuerde cada día a nuestros hermanos sus deberes y obligaciones, que los haga recordarse a cada instante, de que deben sacrificarse por celo por el Señor; que faltarán a su voto más esencial apenas quisieran vivir sólo para ellos y no trabajar en la salvación de sus hermanos; que no deben retirarse al silencio del claustro, sino para sacar de allí nuevas fuerzas a fin de combatir con mayor valentía a los enemigos de la religión; que su vocación en fin, es toda de celo, y de un celo inflamado. Esto es lo que deben pensar los miembros de nuestra sociedad, esto es lo que no podrán olvidar al designarse con el título de Celadores. Su nombre mismo clamaría contra ellos... Y más adelante añade: ... Las mismas observaciones se aplican a nuestras Hermanas, y con mayor fuerza todavía. Naturalmente inclinadas a entregarse exclusivamente a las dulzuras de la contemplación, las hijas de Sión tratarían pronto de liberarse de los cuidados penosos en la educación de la juventud, si su nombre de Celadoras no las recondujera sin cesar a las obligaciones de una caridad más vasta. Ann. 1963, p. 221*

El P. Coudrin expone en los primeros párrafos del mismo documento, las motivaciones y raíces del “celo” que quiere ver arder en su Comunidad, y se reducen a dos: las circunstancias históricas exigen un grande celo por parte de los cristianos, y, por otro lado lo impera la misma contemplación del misterio de Amor que es la Redención.

*Desde hace medio siglo, una falsa y odiosa filosofía, siempre ocupada en combatir la religión, (alude a Voltaire y compañía), ha logrado extinguir en casi todos los corazones el celo por la gloria de Dios... Se habla, es cierto, todavía algunas veces de respeto por el Ser Supremo, pero ya no se sabe lo que significa el Amor de Dios. Situados en semejantes circunstancias, deseando recordar a los hombres la confianza y el amor de Jesucristo, consagrados por nuestros votos a esta buena obra, hemos tenido que tomar un nombre, que por sí mismo pudiera impresionar las mentes y reconducir a mejores sentimientos, que pudiera darles a entender que deben abrir su corazón a una llama divina... Y más adelante, llegando a la verdadera fuente del celo, continúa: Si uno se persuade de veras de la ternura del Sagrado Corazón de Jesús por la salvación de las almas, ¿se puede entonces no ser inflamado de celo, para responder al Amor de un Maestro tan bueno? Si se piensa en la ternura maternal del Corazón de María para con los hombres, convertidos en hijos suyos en la persona de S. Juan, ¿se podría, una vez más, no sentir su alma abrasada por un celo santo por honrar a la Virgen de las Vírgenes? Ann. 1963, p. 220*

Otro texto elocuente en cuanto se refiere al pensamiento del P. Fundador en este punto, es el de una oración, que Hilarión hace remontar a la época de los primeros votos del P. Coudrin en 1800, y que, según él, solía recitar antes de celebrar Misa y en las reuniones capitulares de la Comunidad, dos veces por semana. Es, en suma una petición de la gracia del celo para la Comunidad.

*Señor Jesu-Cristo, ved aquí a los hijos de tu Divino Corazón, confundidos a tus pies a la vista de sus pecados, a la vista de las iniquidades sin número que han inundado a Francia, que han inundado el Universo. Aunque indignos, henos: aquí como víctimas. Empuñad vos mismo la espada del sacrificador, hasta que, sepultados en tu vida oculta, el ce-*

*lo de vuestra divina casa nos devore, y que podamos vivir y sufrir con vos, que sois para siempre nuestro centro y nuestra vida. Amén.* PAC. 1141, n. 90, nota

Aparece pues, señalada como fuente del cielo, no sólo una contemplación que, por decirlo así, informe sobre los "sentimientos de Cristo Jesús", sino una impregnación en ellos, una inmersión en su vida, que lleve a la identificación con el Cristo-Victima, hoy diríamos: con el Servidor de Yahveh, de Isaías.<sup>5</sup>

En el fondo, el P. Coudrin siente que el cielo es un dinamismo que, por tener su origen en la participación a la vida misma de Cristo, constituye una garantía de que la persona actúa bajo la dirección del Espíritu. Él hubiera querido que se pudiera presentar a sus hijos con la recomendación que los Mártires de Lyon daban de S. Ireneo al Papa Eleuterio: es un *celador del Testamento de Cristo*.<sup>6</sup>

## 2. La Obra de Dios

Tal vez haya que hacer remontar a la experiencia misma de la Motte en el verano de 1792, el convencimiento del P. Coudrin de que estaba al servicio de una "Obra", que no le pertenecía a él, sino a Dios. En todo caso, en 1800, y precisamente en la fórmula de los votos, que hemos citado, dice hacerlos *de acuerdo con las luces del Espíritu Santo para bien de la Obra, como celador del Amor de los Sagrados Corazones...* BP. 2281

A partir de ese momento, la *Obra de Dios*, o simplemente, y para abreviar la *Obra*, se convierte en el nombre más usado de la Comunidad, sobre todo durante los 14 años de la clandestinidad que lo siguen: 1800-1814, y aparece por todas partes en la documentación. La convicción del Fundador pasa a toda la Comunidad, y se puede decir que la expresión "Oeuvre de Dieu", es para ellos mucho más que una piadosa denominación, y que dice el ser más profundo de la Comunidad misma.

El 4 de Agosto de 1804, recién llegado a París, en una situación de inestabilidad que pone en peligro su oficio de Vicario General, y con él todo el estatuto canónico de su Comunidad clandestina, oscureciendo el futuro inmediato, escribe a Sr Gabriel de la Barre a Poitiers:

*Día de Santo Domingo, que ha pasado por el crisol de las tribulaciones, por una obra semejante que hace, a pesar del destierro, toda mi felicidad. Sí... no vivo sino para cimentar, a un alto precio si fuera necesario, la Obra del Corazón de este amable Maestro que me colma con sus favores... Sed como columnas en vuestra casa, que nada os haga abandonar... Bien se puede impedirlos conservar al Esposo de vuestras almas, pero no se os puede impedir adorarlo y amarlo sin menguas. No os fiéis a ningún brazo de carne, los mejores no hacen sino ruido, e incluso su fuego, en lo mejor del trabajo, no produce sino humo. Estoy haciendo la experiencia de que todo es astucia aquí abajo...* BP. 192

Más tarde, el 1816, escribiendo a M. l'abbé Vidal, que era su procurador en Roma, en la época de las negociaciones de aprobación, dice: *Mi corazón sabrá siempre apreciar vuestro celo por una Obra, que hasta aquí hemos creído ser la de Dios...* Y poco más tarde a un sacerdote de París, en 1820: *Estoy encargado de una Obra que tengo motivos para creer que es la Obra de Dios, ya que Él la ha sostenido hasta este día.* BP 509, 649

---

<sup>5</sup> Cf. Philip. II, 5. Is. LII, 13-LIII, 12.

<sup>6</sup> "Hemos encargado de entregarte estas cartas a nuestro hermano y compañero Ireneo, y te pedimos que lo tomes en consideración, como a celador del testamento de Cristo. Si supiéramos que la situación procura a alguno la justicia, hubiéramos comenzado por presentártelo en cuanto sacerdote de la Iglesia, como lo es en efecto..." Eusebio de Cesarea. Historia Eclesiástica. "Sources Chrétiennes" 41, p. 28.

El hecho de haber vivido los primeros veinte años de su vida en una situación-límite, en permanente peligro de ser disueltos, si no de ser encarcelados, y en los primeros tiempos, antes de 1800, a riesgo de la vida, ha creado en la Comunidad la sensación de vivir de milagro, y gracias a una continua protección de la Providencia.

En la circular en que el Fundador anuncia la aprobación de la Congregación, hay una referencia a esa experiencia, que merece ser recordada:

*Lo sabéis, amados hermanos y queridas hermanas, nuestro Instituto... comenzó en tiempos en que la sangre de los servidores de Dios regaba el cadalso, y contamos ya veinte años de existencia. Han sido necesarios prodigios de la bondad divina para sostenemos en medio de las tormentas. El Señor no ha cesado de hacer brillar sobre nosotros los milagros de su Providencia: nos ha conducido como de la mano. Cada día hemos tenido pruebas de su protección todopoderosa. Hemos sido conservados bajo el reinado del Terror. La persecución del Directorio no ha logrado alcanzarnos, y durante los catorce años del gobierno de opresión (de Napoleón), ayudados por el favor del cielo, hemos podido sustraer a una policía astuta (la de Fouché) el conocimiento de nuestro Instituto, y sobre todo las relaciones de nuestros diversos establecimientos. Ann, 1960, p. 176*

Los testimonios en ese sentido, y en el de que la construcción cotidiana de la Comunidad es una "Obra de Dios", son abundantes, de parte de diferentes miembros de ella, y forman una especie de "lugar común" de la literatura comunitaria de la época. Hemos dado algunos textos del Fundador mismo, completemos su testimonio con el de sus discípulos:

El P. Antonio Astier, escribe en Abril de 1805 al P. Coudrin, desde Cahors, tercera fundación de la Congregación, donde es Superior. Hablando de sus religiosos, dice:

*Encontré que mi viaje quedaba enteramente pagado con el placer de encontrar a mis amigos llenos de salud y tan buenos: me parecen desbordantes de celo por la Obra de Dios. PAC. 2865*

El p. Hipólito Launay escribe al Fundador en 1806 deseándole un año nuevo muy feliz: *Que (Dios) os dé, siempre en mayor abundancia, los medios de hacer cumplir su Obra. PAC. 2983*

En 1825, el P. Hilarión escribe al P. Bonamie, a propósito de la aprobación de las Constituciones, que gestiona con el P. Coudrin en Roma: *... Tenemos razón de esperar que el Señor ha de bendecir nuestra Obra, que es la suya. PAC. 450*

S. Justine Charret, que pertenece al primer grupo que profesó en Picpus en 1805, resume el sentimiento de la Comunidad en las "Notes sur la Vie du B. Pére":

*Los trabajos del Buen Padre parecían inspirados por Dios, aún a las personas que de veras tomaban a pechos los intereses de la Iglesia. Se admiraban de cómo un hombre sin apoyo había concebido la fundación de una Orden sobre la humildad y la pobreza, en tiempos en que la fe y la caridad parecían haber desaparecido... Dentro de casa, los corazones no dudaban del porvenir de la Obra. PAC. 1989, p. 84-85*

Sr. Gabriel de la Barre, presenta la fundación de la Congregación como una obra de la Divina Providencia, cuando dice al comenzar sus Memorias:

*Pocas personas conocen... Los medios de que se ha valido la Divina Providencia en los comienzos y progresos de la Orden de Celadores... Ann. 1962, p. 172.*

Lo mismo afirma a través de los diversos momentos de la vida de la Comunidad hasta 1824, que marca el fin de su obra literaria.

El P. Hilarión Lucas, en su Memoria presentada a la Santa Sede en 1815, resumiendo la actitud histórica de la Comunidad durante la dominación de Napoleón y bajo la Revolución, dice:

*En medio de este trastorno general, llenos de confianza en el Señor, hemos creído deber abandonarnos a su Misericordia... (en vez de apoyarnos en el poder de la autoridad*

civil del Emperador). *No deseamos sino fundar un establecimiento que pueda servir a la Iglesia y procurar nuestra salvación y la de los demás. No pedimos nada, sino que se nos permita ser útiles.* Y continúa: *...para consolidar este establecimiento que se ha mantenido ya en medio de tantos ultrajes, sin otro apoyo que la misericordia del Señor, que podemos desear? Sólo necesitamos una cosa: la aprobación de la Sede Apostólica.* Ann. 1963, p. 211

Podríamos seguir acumulando textos, pero los ya citados nos parecen suficientes para mostrar la realidad de la conciencia colectiva de la Comunidad.

No se puede olvidar que ese sentimiento es, en parte, el fruto de la influencia de los mensajes de la M. Aymer. Decir que se debe sólo a eso, sería sin duda una enorme exageración, porque lo decisivo es la experiencia de fe en la Providencia, pero parece innegable que el ejercicio del carisma de profecía por parte de la Fundadora contribuyó a desarrollar la fe en la iniciativa divina de la fundación, y en la asistencia providencial de su permanencia en el tiempo.

En efecto, muchos elementos de la caracterización de la Comunidad, fueron aportados por los mensajes de la M. Aymer al Fundador en los primeros años de vida de la Congregación, y como lo hemos dicho, da la impresión de que ese tipo de mensaje se detuvo alrededor de 1802. En cuanto a los destinados a iluminar al Gobierno de la Comunidad ya caracterizada, en el descubrimiento cotidiano de la voluntad de Dios, y siempre confiados al P. Coudrin exclusivamente, fueron, a lo que parece, de una frecuencia muy desemejante, pero testimoniaron, a lo largo de toda la vida de la M. Aymer, el interés de Dios por la Congregación y la protección de la Virgen. De esa manera, fueron sin duda una aportación de mucho peso en el desarrollo de la fe en que Dios intervenía en la vida diaria de la Comunidad.

Antes de terminar este párrafo sobre la "Obra de Dios" es necesario hacer una puntualización. Si decimos que la Comunidad del P. Coudrin estaba persuadida de que la construcción cotidiana de esa Comunidad representaba una permanente intervención de Dios, sería traicionarla dejar pensar que se consideraba esa intervención como una especie de monopolio doméstico.

La Congregación fue siempre, y muy decididamente, una congregación apostólica, en que la acción de servicio de la Iglesia y de los hombres ocupó un lugar importante. A través de esa "acción de servicio", se sentía pasar la "Obra de Dios", y realizarla no era, - en la realidad concreta de la vida diaria una cosa diversa de la construcción de la Comunidad. La Comunidad era para los religiosos de la primera época, la "Obra de Dios", porque era una célula de Iglesia, el lugar en que se vivía la gran historia de la salvación, - como diríamos hoy día -, en solidaridad e intercambio con todas las comunidades de la Iglesia.

Era una identificación de lo religioso y de lo apostólico que existió en la vida de la Comunidad primitiva, pero que ha debido esperar el Vaticano II para encontrar una expresión más adecuada. *En esos institutos, - dice la Perfectae Caritatis, 8-, la acción apostólica y benéfica pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa... Por eso, toda la vida religiosa de sus miembros debe estar imbuida de espíritu apostólico, y toda la acción apostólica, informada de espíritu religioso.*

### 3. El "Ánimo" (Courage)

La recomendación de "tener ánimo" (courage), que aparece en más de doscientos escritos del Fundador, es ciertamente reveladora de un rasgo característico del celo que brotó encender en la Comunidad primitiva de su Congregación. Sor Gabriel de la Barre, hablando de los primeros trabajos de la fundación de Cahors en 1803, tiene una frase que

en su simplicidad, es sugestiva: *El número de unos y otros era bien reducido, pero el ánimo era grande*. Esto es verdad, no sólo de Cahors, sino de toda la Comunidad y de toda la época que estudiamos.

El P. Coudrin era sin duda un hombre valiente, casi hasta la temeridad, como se lo puede ver recorriendo la historia de sus mil aventuras durante el Terror y la Revolución. La prolongación de la clandestinidad hasta 1814, prácticamente por veinte años, hizo de esa cualidad un artículo de primera necesidad para la Comunidad fundada por él, y no es demasiado extraño que se hayan mostrado valientes, los miembros de un pequeño grupo que logró subsistir desafiando las pesquisas de un Fouché, durante toda la dominación napoleónica.

A pesar de eso, sería un error pensar que el "ánimo", "valor" (courage) tan predicado por el Fundador, no era más que una resultante de las circunstancias y de un componente temperamental suyo.

En nuestra opinión, la respuesta más cercana a la verdad estaría en atribuir esta insistencia, a una intuición, favorecida tal vez por el carácter y las circunstancias, pero que es del orden de la fe, y que a su tiempo estudiaremos. Desde ahora podemos resumirla diciendo que ella consistía en la evidencia de que, para hacer la "Obra de Dios" en Cristo, hay que adoptar la actitud del Cristo mismo al operar la gran "Obra de Dios" que es la Redención: la actitud del "Siervo de Yahveh", para condensarlo todo en una expresión no usada en aquella época, pero que a nosotros nos lo dice todo. Esta entrada en el anonadamiento de Cristo, supone, - y no es necesario demostrarlo -, mucho ánimo (courage)

En efecto, lo que interesa al P. Coudrin ver arraigado en su familia apostólica, es lo que él llama "el ánimo de los santos", que se prueba sobre todo en las tribulaciones por que se debe pasar para realizar la "Obra de Dios", comenzando por la vida austera de la Comunidad.

*Nuestra vida asusta a todo el mundo* (en Mende, 1802)... *sin embargo tenemos ánimo (courage), para resolvernlos a todo, escribe al P. Isidoro David. Años más tarde dice algo parecido a Sr. Ludovina: Tened el ánimo de los santos... en Dios y por Dios seremos siempre fuertes.* BP. 73, 320

El Fundador sabe que sólo un vivo espíritu de fe puede poner a sus religiosos en contacto con la fuente de ese "ánimo" que les desea.

*Que el espíritu de fe que nos proporciona los consuelos de que tantos otros se ven privados por su culpa, - escribe en 1825-, nos anime (encourage) y nos fortifique sin cesar en medio de las debilidades que nos sobrevienen.* BP. 1011

Por eso exhorta a esperar de Dios la gracia de ese ánimo:

*Que el buen Maestro que servís, os sostenga, os anime y os fortifique.* A Sr. Ludovina en 1807. BP. 299

*Esperamos, en consecuencia, todo de Dios... y sobre todo tengamos ánimo y paz...* recomendaba al P. Isidoro, *comenzamos como los Santos* (alude a la incompreensión humana), *terminaremos, espero, como ellos.* BP. 110

El P. Coudrin piensa que es fuente de ánimo en las pruebas, la convicción de que ellas son una condición del éxito verdadero, y a la vez un medio de purificación.

*Cobrad ánimo... Dios, que nos quiere purificar, cada día nos prepara coronas distribuyéndonos las cruces.* Dice a Sr. Gabriel en 1803. BP. 135

Unos meses después, vuelve sobre el tema:

*Dios es nuestro todo, y he aquí que nos prueba como a santos. Cobrad ánimo, en consecuencia. Tendremos consuelos. Es seguro que todos estas tribulaciones van a ser seguidas de alguna ventaja para la Obra.* BP. 154

En último término, él sabe que no se puede esperar en este mundo una liberación definitiva del sufrimiento, y por eso es necesario no perder de vista el recuerdo de los bienes escatológicos. En ese sentido da recomendaciones como la de S. Alix, pidiéndole *reanimar su valor pensando sin cesar en la corona prometida a los vencedores, y no a los vencidos*. BP. 1309

Pero la misma historia de la Comunidad, es, según él, un estímulo para ser animosos:

*Tenemos, dice ya en 1803, tantas pruebas de la protección especial de Dios sobre nuestra fundación, que seríamos bien ingratos si llegáramos a perder confianza! No os desaniméis pues ni los unos ni las otras*. BP. 123.

El P. Coudrin considera indispensable condición de éxito en el apostolado, ese ánimo interior. Al hermano Leonardo Portal, que se prepara en Le Havre a emprender un viaje a California y las islas Hawaii, atravesando México, una aventura llena de incógnitas y de riesgos, escribe en Agosto de 1833:

*Ánimo, querido Leonardo, no os dejéis abatir. No deis oído en ninguna forma a todos los motivos de pena y de tristeza, que el enemigo de todo bien no dejará de suscitar para apartaros del piadoso proyecto que habéis formado en bien de la Obra santa a que os habéis consagrado desde hace largo tiempo*. BP. 1827

Ese "courage" debe vivir en la atmósfera de la Comunidad, y constituir una riqueza de la familia religiosa. Al P. Hipólito Launay dice ya en 1808:

*Animaos unos a otros, y que el santo Amor de Dios os sostenga y os fortifique, hasta en la cruz*. BP. 345

#### **4. Al servicio del hombre, servicio de los "pobres"**

Llama la atención de quien estudia de cerca la vida del Fundador, la constancia y tenacidad con que mantiene a través de su vida las grandes opciones de la época de su vocación. Es el caso de su celo en el servir a Dios, poniéndose siempre al servicio de los hombres, comenzando por lo más pobres -

Cuando salió de la Motte, el 20 de Octubre de 1792, lo hizo para poner su sacerdocio a disposición de la Iglesia, incluso a riesgo de su vida. Qué Iglesia es la que reclama, en su conciencia, esa entrega? Es una comunidad privada de sus pastores, obligados al destierro; una comunidad escandalizada por la deserción de una parte notable del clero, que se somete a un juramento que luego el Papa condena; una comunidad que ve partir al extranjero la mayor parte de los sacerdotes fieles a su vocación. En resumidas cuentas, es una comunidad de fieles profundamente turbada por el fenómeno revolucionario, cuyo verdadero alcance no acierta a explicarse, y desorientada por un cisma tan apasionado y cruel, al mismo tiempo que expuesta a la presión, no sólo de la campaña de descristianización explícita, sino también al proceso de secularización del Estado, de la sociedad, de la vida cotidiana. La comunidad ortodoxa, que permanece fiel en medio de la tempestad, ha quedado reducida a la clandestinidad, y la persecución la ha despojado de todo poder. Es una comunidad de "pobres" aún cuando buena parte está formada por nobles en desgracia.

El P. Coudrin reconoce en esa "comunidad de pobres" la presencia de Cristo, que en su Cuerpo continúa su agonía, según la expresión de Pascal, y le ofrece una disponibilidad de servicio, que es de todas las horas del día y de la noche. Para él, "servir a Dios", "servir a la Iglesia" no será organizar brillantes empresas, que no son imaginables siquiera en las circunstancias, sino tratar de afinar, al ejemplo de Cristo, una actitud evangélica que refleje la actitud del mismo Cristo.



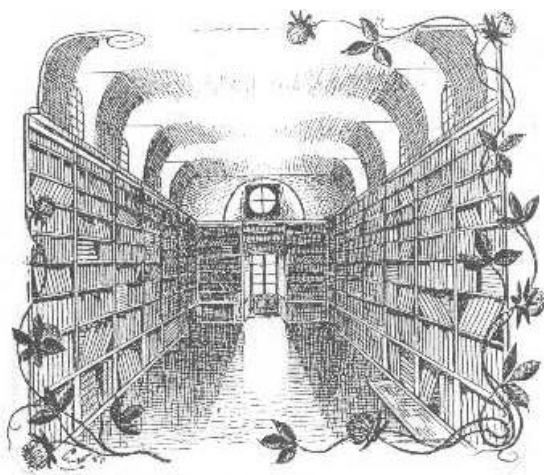
Esa situación se prolonga por casi siete años, 1792-1799, los primeros de su ministerio, que lo marcan muy profundamente. En esas mismas circunstancias nace su Comunidad, y recibe de él ese ejemplo como una indicación de su destino.

A un sacerdote de la diócesis de Lyon, que deseaba entrar en su Congregación, y encontraba resistencias muy comprensibles en su Curia, el P. Coudrin hacía estas reflexiones, en Diciembre de 1822:

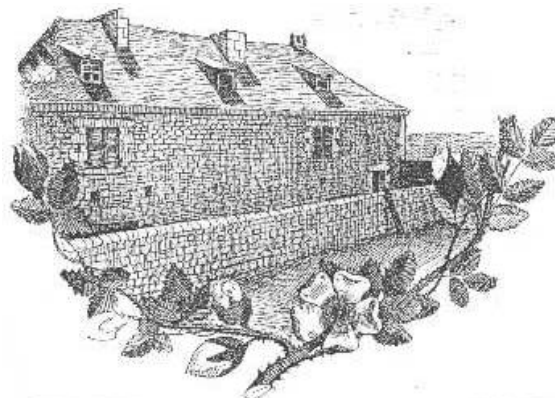
*Ved el bien que resultará de vuestra consagración religiosa: aseguraréis vuestra santificación, procuraréis la salvación de un gran número de almas. Otros harán en los curatos lo que vos hacíais en ellos, y el número de los que quieren seguir los consejos evangélicos es tan pequeño, sobre todo entre los sacerdotes, que nadie os reemplazará entre los pobres de Jesucristo.* BP. 805

L'abbé Dumonteil entró en el Noviciado, y fue el P. Simeón, profeso a los 41 años, que trabajó en las misiones diocesanas de Troyes y de Rouen, y más tarde fue profesor en los seminarios que la Congregación tenía en Francia, pasando en 1843 a las misiones, de donde volvió en 1853, y murió en 1872, en París.

Pero la mejor manera de exponer lo que fue, tanto el celo como la actividad misma de servicio de la Comunidad del P. Coudrin, será recorrer un poco los diversos trabajos que emprendió para hacer realidad una y otra cosa. [ es lo que va a desarrollar el P. Juan Vicente en los siguientes contenidos: La enseñanza, la formación del clero, el ministerio sacerdotal, las misiones diocesanas, las misiones extranjeras, pgs. 134-263]



Biblioteca del Seminario de los Irlandeses (París) en que fue ordenado de sacerdote Pedro Coudrin, el 4 de marzo de 1792, por Mons. Bonal, Obispo de Clermont, que estaba escondido en París.



Granja del castillo de la Motte d'Usseau, dentro de su parcela, en cuyo granero bajo el tejado permaneció oculto Pedro Coudrin durante cinco meses sin tan siquiera poder ponerse de pie.

## APÉNDICE

El P. Juan Vicente González, ss.cc. en el texto de su obra, en que habla de la biografía y bibliografía del P. Hilarión Lucas, que encabeza nuestro texto del P. Hilarión, en la nota 19 remite al estudio del P. Ignacio de la Cruz Baños, ss.cc. *‘El Padre Eutimio Rouchouze’*, biografía apasionada de este nuestro tercer Superior General (1853-1869), a quien tanto admiró. A nosotros nos merece el afecto añadido de haber creído en el futuro misionero del P. Damián, siendo aún un muchacho a la mitad de sus estudios, que había profesado entre sus manos y de quien fue director en su primer año de estudios en Picpus. También quiso despedirle en la Casa General con un retiro en que sin duda habló por la llaga de su corazón. Pagó muy caro, al estar al frente de la Congregación, las consecuencias funestas del cisma. No es de extrañar que su espíritu rebosara de espiritualidad victimal que traspasó doctrinalmente a la Congregación, la que venía maltrecha de la gran tribulación que podría haber debido provocar su disolución.

Esta biografía del P. Eutimio comenzó a publicarse por capítulos en la revista “Annales”, más en concreto en la que entonces la había sustituido, “Nouvelles” (1946-1955), hasta que en 1956 recuperó su tradicional de “Annales”. La totalidad de la publicación de “Nouvelles” comprende 57 números, de tirada bimestral, recogidos en dos tomos. La publicación del P. Ignacio se inició en enero-febrero 1955, nº 52, Tomo II, pg. 340. La referencia a que envía el P. Juan Vicente es genérica, porque el P. Hilarión aparece a menudo en este estudio, pero recogemos aquí su primera mención y más amplia que se encuentra en la de marzo-abril 1955, nº 53, pgs. 265 sgts.

Tiene un relativo interés con relación al texto base de nuestra publicación, que es de 1801-1802, cuando Hilarión rondaba los 19-20 años. Complementa la de Juan Vicente que hemos ofrecido. Por otro lado, el P. Ignacio ofrece una versión sin duda exacta, pero apasionada, del P. Hilarión, al que se refiere sólo con textos negativos. Se explica por la situación del momento histórico de que trata. De todos modos son parte de un contexto general de fanatismo o fundamentalismo que había arraigado en personas de la Congregación en sus dos ramas, de número e influjo diferentes, difícil de calcular seguramente. La visión de Juan Vicente sobre la situación, y en concreto sobre el P. Hilarión, parece más benigna.

# Rvmo. P. Eutimio Rouchouze

P. Ignacio de la Cruz Baños ss.cc.

## 5. INTERVENCIÓN DE LA SANTA SEDE

La Congregación de los Sagrados Corazones con sus dos ramas, forma una familia religiosa, que nace y se desarrolla espiritualmente un tanto al modo como se forma y se desarrolla una familia natural.

Con la plenitud de una autoridad paterna, el Fundador, el Rvdmo. Padre José María Coudrin, bajo la inspiración del Espíritu Santo, concibe el plan de la obra y se consagra a ella totalmente "como celador del amor de los Sagrados Corazones a servicio de los que, dice él, quiero vivir y morir".

Esta autoridad está compartida por la Fundadora, la Rvdma. Madre Enriqueta Aymer de la Chevalerie, iluminada igualmente por el Espíritu Santo en cuanto concierne a la nueva Congregación, a la que se consagra también para siempre; pero con autoridad subordinada a la del Buen Padre no sólo en virtud del voto de obediencia que hace entre sus manos como Superiora General, sino también por un compromiso solemne de un humilde y entero sometimiento a su dirección en toda su vida espiritual.

Personas jóvenes rodean pronto a los Fundadores, deseosas de consagrarse a los Sagrados Corazones y de cooperar a la obra de amor, de reparación y de celo que aquellos han emprendido. Las ausencias frecuentes del P. Coudrin hacen más efectiva aún **la intervención de la Fundadora en el Gobierno de la Congregación**; demuestra en él tanta prudencia y bondad, que a todos les agrada llamarla la Buena Madre.

La unidad de fin y de espíritu, la puesta en común de todos los medios tanto espirituales como materiales, la sumisión a una misma autoridad, convertía realmente a todos en una sola comunidad, no teniendo más que un solo corazón y una sola alma como en la de los primeros cristianos. De este modo al lado de una casa de Hermanas habrá siempre una casa de Hermanos, para que unos y otros se ayuden en lo espiritual y en lo temporal; y siempre un Padre, nombrado por el Superior General, será Superior y Confesor de cada convento de las Hermanas.

Fácilmente se comprende que a medida que la Congregación adquiría nuevos desarrollos, esta unión tan íntima de las dos ramas, se prestaba a abusos que sólo la santidad, la prudencia y la autoridad, respetadas y veneradas de los Fundadores, pudieron impedir en gran parte, durante su vida.

Sin embargo, en este asunto había personas, aún entre los mejores religiosos, que soportaban mal esta interdependencia y que querían tanto una menor ingerencia de la Buena Madre en los asuntos de los Hermanos, como una mayor libertad con la autoridad, en la rama de las Hermanas, en relación con los Padres Superiores, y también una separación material más efectiva en la vida ordinaria de las dos comunidades. De esta opinión eran el P. Rafael Bonamie y la Madre Francisca de Viart, que fueron elegidos Superiores Generales a la muerte de los Fundadores en 1834 y 1837.

El carácter autoritario y entero, que mereció al uno y a la otra duras, aunque pater-

nales, reprimendas de parte del Buen Padre, explica su conducta en el lamentable suceso de la reforma de la Regla de las Hermanas.

Pero el espíritu de unión y de obediencia a la Iglesia de Roma, que habían manifestado en medio de las dificultades y aún de las persecuciones del Estado imperial y de la Iglesia galicana, hacía esperar el retorno a la unión y a la paz y ya les hemos visto dirigirse a la Santa Sede para solicitar humildemente su paternal intervención.

Esta esperanza no fue de larga duración. Dios permitió que un religioso de los más capacitados de la Congregación, y el único sin duda que, con sus cualidades y defectos, podía inclinar la balanza de un lado o de otro, se pusiera del lado de la Superiora General llegando a ser su único consejero: era el P. Hilarión Lucas.

Todos conocen que fue uno de los primeros hijos del Buen Padre; el secretario perpetuo de la Congregación; el redactor, en gran parte, de las Constituciones de 1817, de 1824 y de 1838; el negociador activo e inteligente para la aprobación del Instituto durante su permanencia en Roma desde julio de 1814 a junio de 1816 como teólogo del embajador de Francia y el autor de las biografías del Buen Padre y de la Buena Madre; el archivero de una colección tan completa como posible de documentos sobre los orígenes del Instituto; el teólogo de la Sorbona y de la embajada, el defensor de la iglesia romana contra el galicanismo, el amigo de obispos y cardenales de la Curia romana.

Desgraciadamente su carácter egoísta, envidioso y ambicioso, hizo de él siempre un instrumento difícil y hasta peligroso. Él mismo en una carta al Buen Padre del 13 de mayo de 1805, declara: "Tenéis razón, tierno Padre, al decirme a veces que seré vuestra cruz durante toda la vida". Y dos años más tarde, el 3 de junio de 1807, le escribe: "Veinte veces desde hace algún tiempo he estado tentado de abandonarlo todo". Los años no le corrigen, porque el Buen Padre escribe el 25 de marzo de 1827: "En fin, Buena Madre, haga que se retracte el desdichado Hil. Es algo terrible alguien con ese carácter". La Madre Constantina Yver, Superiora de Yvetot, decía de él el 5 de febrero de 1846 en una carta al Cardenal Ostini: "¿Cuántas veces no se le ha visto manifestarse contra nuestro venerable Fundador y contra todos los priores de la casa principal? Es un hecho que toda la Congregación puede confirmar". Hasta la Buena Madre no dejó de ser objeto de sus salidas de tono. El venerable P. Isidoro David escribía al P. Hilarión el 3 de abril de 1835: "Ruego a Dios de todo corazón que se digne suscitar entre nosotros alguien que sea capaz de transmitir a la posteridad más lejana los grandes ejemplos de virtud que ella (la Buena Madre) nos ha dejado y las maravillas que Dios ha obrado en ella; pero no creo que usted pueda ser ese hombre, en tanto que no hayáis hecho una reparación solemne de vuestros escandalosos e indignos comportamientos con la Buena Madre durante su vida. Esta reparación se la debéis a toda la Congregación, a quien habéis ultrajado en su persona".

Podrían citarse centenares de testimonios en este sentido; pero los encontramos resumidos en el de la Madre Gabriela Aymer de la Chevalerie, que será más tarde Superiora General (1853-1866). Escribía el 6 de febrero de 1846 al Cardenal Ostini: "Este Padre cuyo espíritu inquieto e inconstante es conocido por toda la Congregación, muchas veces ya había cambiado de sentimientos y de lenguaje, viviendo nuestros venerables Fundadores. Unas veces llevando hasta el entusiasmo la admiración que le inspiraban sus virtudes, no tenía suficientes elogios que prodigarles; otras, al contrario, reprobando, criticando su gobierno, no dejaba a salvo en sus discursos ni sus actos ni sus personas..."

"Nuestros venerables fundadores, es verdad, le han prodigado señales de confianza; sentían la necesidad de atraerse por el reconocimiento a un espíritu inquieto y mutable, muy capaz de hacer daño; pero ¿cuánto no han gemido por los tristes frutos producidos por la inconstancia de este carácter vacilante?"

“Nuestro piadoso Fundador ocultaba tan poco su opinión sobre el P. Hilarión que dijo un día a mi hermano, entonces joven estudiante, que echaría a este sacerdote de la Congregación, si no temiera el mal que podría hacerla; y esto lo ha repetido en otras ocasiones”

"Como sobrina, y sobrina querida de nuestra bienamada Fundadora, he tenido con ella, más que muchas otras, relaciones frecuentes e íntimas, y puedo testificar que tenía sobre el P. Hilarión el mismo pensamiento que nuestro virtuoso Fundador”.

En los primeros tiempos del generalato de Mons. Bonamie, el P. Hilarión colaboró activamente con él en el gobierno de la Congregación. La Regla de 1838 y el “Proyecto de Regla” para las Hermanas son en gran parte obra suya. Pero el espíritu amargo y tortuoso del Secretario no casaba con el carácter franco y leal del Superior General; y la paciencia de éste no alcanzaba la dulzura heroica del Fundador. Rehusó enviar a Roma la súplica compuesta por el P. Hilarión, para pedir la aprobación del “Proyecto de Regla”, porque era demasiado injuriosa con la Rdma. Madre Francisca de Viart.

El entendimiento no podía durar. El P. Hilarión nos hace saber en una carta a Mons. Bonamie del 2 de febrero de 1844 que la identidad de los puntos de vista no existía ya entre ellos: "desde hace dos años, dice, he dejado de compartir vuestras opiniones sobre los cambios que queréis introducir entre las Hermanas. Es verdad que al principio y durante dieciocho meses he adoptado vuestros sentimientos sobre este punto". Sabemos que en el Capítulo general de 1843, el P. Hilarión defendió calurosamente la inmutabilidad de la Regla de las Hermanas; más aún, el 27 de septiembre envió una carta, en este sentido, al Cardenal Polidori, a la que siguió otra, tres días más tarde, es decir después de la última sesión del Capítulo, en que no había sido reelegido miembro del Consejo General. La ruptura, sin ser abierta, era total. Pidió entonces retirarse a casa de su amigo el P. Teodoro Pinty en Troyes, desde donde ejercerá de mal consejero de la Madre Francisca y será el verdadero cabecilla de toda la campaña contra el Superior General.

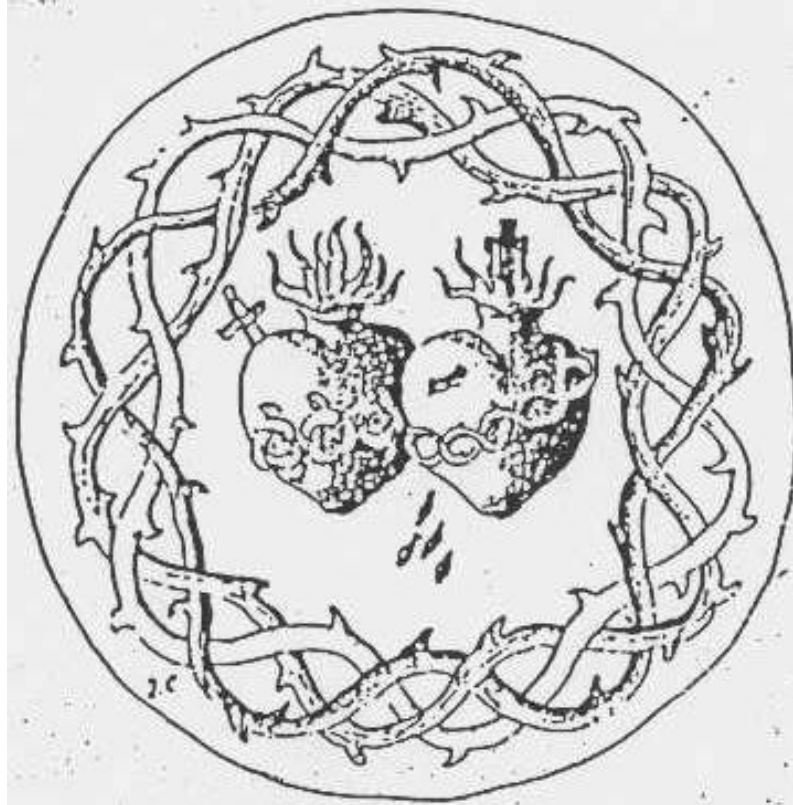
Una carta de la Secretaria General, Sor Melania Blandchard, del 3 de febrero, al Cardenal Ostini, nos aporta la prueba: “La Superiora General no admite otro consejo que el de un religioso cuyo nombre no debe de ser desconocido por vuestra Eminencia, porque ha dirigido con bastante frecuencia a la Santa Sede súplicas y memorias para impedir la aprobación del proyecto de Regla. Él es quien lo ha redactado. El P. Hilarión -es el nombre de este religioso- no se ha contentado con escribir a la Santa Sede muchas cosas mentirosas sobre nuestro respetable Superior General, sino que además ha dirigido a todos los obispos, en cuyas diócesis hay casas de la Congregación, cartas llenas de acusaciones falsas”...

Ignacio de la Cruz Baños, ss.cc.  
("Nouvelles"; marzo-abril 1955, nº 53, tomo II, pgs. 365-369)

En sólo una página más de lectura, vemos que toda esta primera marea acaba por romperse temporalmente contra la roca de la Sede de Pedro, un acantilado. La Comisión de Cardenales escribió a Mons. Bonamie que “el Santo Padre juzga que es mejor no introducir provisionalmente cambios”. El Papa firmó el 21 de diciembre de 1844 el decreto, que termina con estas palabras: "Nihil in praesens censuit esse innovandum" [se ha creído que en estos momentos nada debe ser cambiado]



La "villa de los 100 campanarios", como se la llamó. Panorámica desde lo alto de la meseta de Montbernage, toda la antigua ciudad recostada en la pendiente de la falla que desciende hasta el río Clain. Todo su antiguo interior amurallado por Leonor de Aquitania, sobre el Clain, cinturón de seis kilómetros, a derecha nº 47 el Pont Joubert con torreón, algunas de las casas en fila en el bajo de Montbernage junto al río. Capital del condado del Poitou (Duques de Aquitania), centro eclesiástico desde S. Hilario (s.IV), fue perdiendo su papel político y su anterior independencia, pero se convierte en la capital administrativa y relevo indispensable entre la monarquía centralizada y la provincia. El presente es un grabado en madera del s. XVI de esta villa apodada de las "tres eses": sabia, santa y sucia, hoy sin la tercera.



Escudo bordado que perteneció al P. Coudrin, conservado por las disidentes “Celadoras de la Santa Eucaristía”, con el Corazón de María a la derecha, de acuerdo con una primera reflexión de la Buena Madre.

Dos artículos orientadores, histórico el primero, conceptual el segundo.

- “Valor, riesgo y Providencia en la vida del Buen Padre”. Flannan Markham. *Cahiers de Spiritualité SS.CC. n° 12. Le Père Coudrin 1768-1837*. Roma 1987, pg. 55-80
- *Celo*. Julio García ss.cc. Boletín Prov. de Andalucía “Nosotros”, n° 92, marzo-abril 2001, pg. 34-39



Congregación de los Sagrados Corazones  
Provincia de España  
C/ Padre Damián, 2  
28036 Madrid

Tfno. : 91 564 78 95  
Fax: 91 561 14 43  
e-mail: [psces@planalfa.es](mailto:psces@planalfa.es)